EL POBLAMIENTO DURANTE EL PERIODO CELTIBÉRICO ANTIGUO EN LA ZONA NORDESTE DE LA PROVINCIA DE SEGOVIA: EL PROCESO DE JERARQUIZACIÓN Y CONCENTRACIÓN DE LA POBLACIÓN

SETTLEMENT DURING THE ANCIENT CELTIBERIAN PERIOD IN THE NORTHEAST OF THE PROVINCE OF SEGOVIA: THE PROCESS OF HIERARCHIZATION AND CONCENTRATION OF THE POPULATION

FERNANDO LÓPEZ AMBITE

Resumen. En este trabajo se estudia el poblamiento en la zona nordeste de Segovia en el periodo Celtibérico Antiguo, posiblemente con una serie de rasgos individualizadores, por su situación fronteriza con el mundo de El Soto. También se establecen las diferentes variables de un poblamiento que sería continuador en parte del de la etapa protoceltibérica; en todo caso, se caracteriza por la existencia de una serie de poblados en alto y en llano, sin vestigios de fortificaciones, junto con otros dos grandes poblados, uno de ellos fuertemente amurallado, y con necrópolis de incineración desde sus primeras etapas. Igualmente hemos destacado la creciente jerarquización de los asentamientos, unido a la concentración de la población desde época muy temprana, posiblemente como única opción para someter a grupos de habitantes por parte de las elites detentadoras del poder en los grandes poblados; así, se observa la progresiva desaparición de los asentamientos menores en beneficio de los que se van a convertir en grandes castros, para posteriormente, desaparecer alguno de ellos en el momento de la configuración de los *oppida* ya en el Celtibérico Pleno.

Palabras clave. Celtibérico Antiguo, poblamiento celtibérico, frontera, jerarquización del hábitat, castro

Abstract. This study looks at settlement in the NE of the province of Segovia during the Celtiberian period, from the Ancient Celtiberian period onwards. Its distinctive features are possibly due to the fact that it shares a border with the El Soto world. The variables of a pattern of settlement that partly continued that of the Protoceltiberian period are also determined. It is characterized by a number of settlements on high flat land, without remains of fortifications, together with two large settlements, one of which is heavily walled and has a cremation necropolis dating to its earliest period. We also emphasize the increasing hierarchical character of the settlements, together with the concentration of the population from a very early date, probably as the only way the elites, who controlled the largest settlements, could subjugate the inhabitants. Hence the gradual disappearance of smaller settlements can be seen to benefit those that subsequently became large hillforts, some of which would later disappear when the *oppida* of the Full Celtiberian period took shape.

Key words. Ancient Celtiberia, Celtiberian settlement, border, hierarchical settlement, hill-fort

1. INTRODUCCIÓN

La zona nordeste de la provincia de Segovia se encontraría localizada en el ámbito cultural celtibérico durante la Edad del Hierro y cercano al ámbito de la Cuenca Media del mismo río, en un contexto cultural de El Soto. Frente a lo que había ocurrido durante la Edad del Bronce, en la que la cultura de Cogotas I parece que uniformiza toda esta región, ahora encontramos una serie de grupos culturales vecinos, como el de los castros en la serranía norte de la provincia

de Soria y su prolongación burgalesa; o los más cercanos a la zona objeto de este estudio, como son los poblados y necrópolis en las campiñas del Alto Duero, en relación con el Alto Tajo-Alto Jalón; y la cultura de El Soto en la cuenca del Duero. Por lo que se refiere a nuestro trabajo, hemos seguido la propuesta de periodización de Lorrio para la Edad del Hierro que después de analizar el origen de tres componentes culturales, el etnónimo, la lengua y la cultura ma-

Figura 1: Distribución de los yacimientos del Celtibérico Antiguo: **Núcleo de Ayllón**: Cerro del Castillo (5), La Dehesa de Ayllón (7), El Cuervo (18), Prado Barrio (59) y Los Cerrillos (24); **Núcleo de Maderuelo**: Alto de La Semilla II (31); **Núcleo de Montejo**: La Cañada (36), Peñarrosa (40), La Antipared I (41), La Antipared II (42), Valdepardebueyes (43), Las Torres (47), Fruto Benito (49), Cuesta Chica (50), Las Hoces (53).

terial, permiten constatar una continuidad en esta cultura a lo largo de la Edad del Hierro (Lorrio, 1997, 258-261; Ruiz Zapatero y Lorrio, 1999, 24; Lorrio, 2005a, 52), una vez desechada la anterior división bipartita, en lo que se viene considerando como Celtiberia, es decir, buena parte del Sistema Ibérico y sus estribaciones.

En este trabajo nos basamos en las prospecciones que se realizaron en las campañas de 1990 y 1991 para la realización del Inventario Arqueológico Provincial de Segovia¹. La zona ob-

jeto de estos trabajos comprendía una franja de terreno al nordeste de la provincia de Segovia, colindante con las provincias de Burgos, Soria y Guadalajara, franja que quedaba articulada por los ríos Aguijese y el curso medio del Riaza, atravesando las dos grandes regiones geográficas que estructuran la provincia de Segovia (la cuenca del Duero y el Sistema Central). Este valle, que presenta una gran coherencia geomorfológica y de paisaje se veía complementado con la parte oriental de la Serrezuela de Pradales, que para el periodo Celtibérico Antiguo no tendría apenas

1. En dichos trabajos fui participe junto con D^a Yolanda del Barrio, a la que quiero en primer lugar agradecer su colaboración inestimable. Años después el estudio de los resultados se convirtió en objeto de mi tesis doctoral, que fue dirigida por D. Alberto Lorrio, a quien agradezco su dedicación, trabajo que leí en mayo de 2006; también quiero

agradecer a los conservadores del Museo de Segovia, D. Alonso Zamora, D. Santiago Martínez, su ayuda generosa en todo momento, lo mismo que la de D. Luciano Municio, Arqueólogo Territorial.

relevancia, por su falta de población, algo que cambiará en el Celtibérico Pleno.

2. CARACTERÍSTICAS DEL POBLAMIENTO

El Celtibérico Antiguo, caracterizado por el modelo de población basado en castros enclavados en alturas dominantes, con fortificaciones, urbanismo de espacio central, viviendas de plantas rectangulares, necrópolis de incineración, metalurgia de hierro... se desarrollaría básicamente en el siglo VI a.C. (Lorrio, 1997, 156, 261 y ss.), pudiendo extenderse por la primera mitad del V a.C. Este período se ha podido subdividir en dos fases, el Celtibérico Antiguo A y B, en el área del Alto Tajo-Alto Jalón, a partir de una serie de excavaciones como la de La Torre de Codes (Martínez Naranjo, 1997, 164; Jimeno y Martínez Naranjo, 1999, 173; Arenas, 1999a, 176 y ss.), así como por las diferencias de hábitat o los elementos de cultura material registrados, algo que intentaremos realizar en nuestra área de prospección, a pesar de las exiguas muestras de material recogidas en muchos de los yacimientos.

Nosotros hemos seguido esta subdivisión, no tanto por lo que a cronología absoluta se refiere, sino por la constatación de una fase de cerámicas a mano y otra de las mismas cerámicas ya con importaciones de productos a torno, que no tuvieron por qué presentar la misma cronología absoluta que en las comarcas del Alto Tajo-Alto Jalón (Arenas, 1999d, 302-304), aunque para la zona al sur del Duero sí se vienen señalando fechas relativamente tempranas (Seco y Treceño, 1993, 169-170; Barrio, 1993, 191-195; Seco y Treceño, 1995, 224; Escudero y Sanz Mínguez, 1999, 328-330), frente a las fechas del Alto Duero, algo más modernas (Delibes y Romero, 1992, 255; Jimeno y Arlegui, 1995, 105-109; Lorrio, 1997, 286 y 306).

2.1. El poblamiento

La primera distinción en cuanto al poblamiento con respecto a la etapa anterior, el periodo Protoceltibérico, es la continuidad de dos de los núcleos (Fig. 1)², el de Montejo de la Vega y el de Ayllón, desde esta etapa llegando en el caso de Ayllón hasta el Celtibérico Pleno, mientras que

desaparece esta continuidad en la zona de Maderuelo, donde sólo se documenta un único yacimiento, El Alto de la Semilla I (nº 31). Se trata de un yacimiento en llano que se encuentra a unos 200 m de El Alto de la Semilla II (nº 34), adscrito a la etapa Protoceltibérica, lo que podría suponer una cierta continuidad en el hábitat como ocurre en otras zonas (Martínez Naranjo, 1997, 165; Arenas, 1999a, 176). Esta ubicación en llano, así como la inexistencia de cerámicas a torno, podría incluirlo en el Celtibérico Antiguo A, aunque sus materiales no son muy significativos e incluso algo dudosos.

De ser correcta nuestra apreciación, nos encontraríamos ante un núcleo, el de Maderuelo, que ya a comienzos de la Edad de Hierro desaparece como tal, posiblemente absorbido por los núcleos cercanos, especialmente creemos que por el de Ayllón, debido a la menor distancia con él y a que se trata de un núcleo de poblamiento más disperso que el de Montejo.

Con este abandono del núcleo de Maderuelo, el vacío entre los núcleos de Ayllón y Montejo supondría una distancia de unos 21 km, mientras que la separación entre los dos yacimientos principales es de unos 28 km de distancia, una medida algo mayor que lo que se considera que sería como de jornada de trashumancia, que estaría entre 18 y 25 km (Sierra y San Miguel, 1995, 396), lo que determinaría la existencia de zonas deshabitadas entre los dos núcleos jerarquizadores de la Primera Edad del Hierro en la zona nordeste de Segovia.

Respecto a esta separación entre asentamientos, durante el Celtibérico Antiguo y tomando como referencia o bien poblados de más de 3 Ha o bien poblados amurallados, aunque sean de menor superficie, la distancia media con respecto a los cinco yacimientos más cercanos del poblado de El Cerro del Castillo de Ayllón (nº 5) es de unos 18 km; algo mayor es la separación entre La Antipared I y los cinco asentamientos de los alrededores, de unos 26 km. Por otro lado, en el Celtibérico Antiguo sigue sin habitarse la zona de la Serrezuela, o al menos carecemos de pruebas en este sentido (Fig. 1). Por todo ello, no podemos hablar de una ocupación sistemática del territorio, al quedar grandes zonas sin poblamiento, como la misma Serrezuela y un importante tramo del río Riaza.

En todo caso podríamos decir que el patrón de poblamiento sería lineal, a lo largo del valle fluvial Aguiñejo-Riaza, aunque el que se haya prospectado básicamente este valle y los alrededores de la Serrezuela y el desconocimiento de las comarcas limítrofes, pudiera estar sesgando

2. La numeración de los yacimientos sigue el orden que se otorgó a la hora de hacer el estudio del poblamiento desde Cogotas I hasta el bajo imperio para mi tesis doctoral: *vid.* López Ambite, (2006).

Figura 2: Densidades de algunas zonas durante el periodo Celtibérico Antiguo; **Superficie A** se refiere a la densidad de la zona de prospección; **Superficie B**, a la densidad de la zona de prospección en la zona del río Aguiñejo y Riaza; **Segovia**, Inventario provincial de Segovia; **Gómara**, Campo de Gómara, Soria; **Almazán**, Tierra de Almazán, Soria; **Sudoeste**, zona sudoeste de la provincia de Soria; **Centro**, zona centro de la provincia de Soria; **Altiplanicie**, Altiplanicie soriana; **Soria**, Inventario de la provincia de Soria; **A. Jalón-Mesa**, interfluvio Alto Jalón-Mesa; **Molina A**, Celtibérico Antiguo A de la comarca de Molina; **Molina B**, Celtibérico Antiguo B de la comarca de Molina; **T. de Campos**, Tierra de Campos, Valladolid; **Torozos**, Montes Torozos, Valladolid; **Valles**, comarca de los valles del Pisuerga y el Duero, Valladolid (este dato se aleja del resto, por lo que no aparece reflejado gráficamente).

nuestra visión de la zona nordeste de la provincia de Segovia. En contra de este patrón lineal, estarían los cercanos, aunque escasos, yacimientos del sudoeste soriano (Heras, 2000, 212-213) y el propio castro de La Pedriza de Ligos (Ortego, 1960, 108), que parecen determinar un patrón también lineal, pero diferente al nuestro, con una serie de yacimientos paralelos al río Duero y otros paralelos a la Sierra de Pela, en este caso, sin que esta *linealidad* tenga que ver con la existencia de valles fluviales, como en el caso de los del Duero (Heras, 2000, 216). En definitiva, creemos que la baja densidad de yacimientos, posiblemente por el tipo de prospección realizado, que creemos que ha sido muy extensivo, impiden formarnos una idea clara de los posibles patrones de poblamiento de esta comarca soriana. Igualmente, el estudio del poblamiento de la provincia de Segovia impide conocer el patrón de poblamiento, que, en algún caso, como ocurre para los valles del Duratón y el Eresma, sí que podría haber sido lineal (Barrio, 1999a, 168).

A favor del patrón lineal, estaría la continuación del poblamiento de castros similares al de La Antipared I en el Bajo Riaza, como el caso de Adrada de Haza, ya en la provincia de Burgos (Sacristán, 1986a, 43-44). Además de esta

constatación en los alrededores de la zona de prospección, este tipo de patrón lineal también se ha comprobado en otras regiones bien prospectadas, como en el caso de la comarca de Molina de Aragón. Allí el patrón lineal obedece a la accidentada orografía, aunque a veces este patrón surja de una deliberada selección de emplazamientos por razones socioeconómicas, como el acceso a determinados recursos naturales o por la intención de instalarse al borde de vías de comunicación transcomarcales (Arenas, 1999a, 217).

Esta descripción de una dispersión del poblamiento carente de regularidad queda reflejada si medimos la distancia del vecino más próximo (Hodder y Orton, 1990, 51-58); según esto, el resultado es, tomando las medidas a los tres vecinos más cercanos, de una distribución aleatoria o poco regular, lo que también se constata con la mera comprobación del mapa de dispersión de yacimientos (Fig. 1)³.

Respecto a la **densidad** de yacimientos en el área de prospección, la densidad total sería de 0,031 yacimientos por km² si tomamos toda el área de prospección (416,31 km²); aunque creemos que sería mucho más ajustada la de 0,042, que es la densidad de los yacimientos sin contar el área de la Serrezuela (es decir, con respecto a 308,45 km²) que durante el Celtibérico Antiguo no presenta poblamiento, algo que cambiará sustancialmente en el Celtibérico Pleno (Fig. 2).

Si a continuación tomamos como punto de referencia de un poblamiento más asentado y generalizado los datos del obispado de Segovia de mediados del siglo XIII, tendremos que para esta época la densidad de esta diócesis sería de 0,05 asentamientos por km²; se trata de un dato que se considera bajo en comparación con otras diócesis de Castilla y que se debe a la escasa población de la sierra segoviana, donde sólo aparecen el 5% de los pueblos de dicha diócesis; así, si se eliminan los datos de la sierra, tendremos una densidad de 0,07 asentamientos por km², más acorde con la de otras regiones (Barrios y Martín, 1983, 116). En definitiva, comprobamos que tanto la densidad general de la zona de prospección como la densidad corregida serían más bajas que la densidad general de época pleno medieval.

En todo caso, los datos de la zona de prospección corresponden a una densidad mucho mayor que la registrada para la etapa Protoceltibérica, que era de 0,017 yacimientos por

3. Distancia real, 3,59; Distancia teórica, 2,94; Aleatoriedad, 1,22.

km² (0,023 si la restringimos a los valles de los ríos), lo que reflejaría un aumento de población durante la Primera Edad del Hierro, algo que sí que parece constado en otras regiones.

Si pasamos a comprobar la densidad de yacimientos en otras zonas, tendremos en primer lugar los datos aportados por los estudios de la provincia de Soria. Como se aprecia en la figura 2, nos encontramos ante unas densidades en general inferiores a las del nordeste segoviano, en especial la cercana comarca sudoccidental; tan sólo en el caso de la Altiplanicie soriana, en torno a Numancia, se aprecia un mayor número de asentamientos. Si nos alejamos de la zona de trabajo, pero continuando en la Celtiberia, en el interfluvio Alto Jalón-Mesa se aprecia una densidad algo mayor, lo cual no ocurre en la comarca de Molina de Aragón. Una situación análoga a la que ofrece el propio Inventario Provincial de Segovia, para su mitad oriental (unos 3.051 km²), en este caso probablemente por la falta de identificación de los pequeños asentamientos en llano, apenas representados, frente a los castros. Fuera del ámbito cultural celtibérico y refiriéndonos al cercano grupo de El Soto, encontramos de nuevo densidades muy inferiores, excepto en el sorprendente caso de la comarca de los valles del Pisuerga-Duero, cuya densidad pueda estar haciendo referencia a un poblamiento desde antiguo o la existencia de las mejores tierras de aluvión en esta zona (Quintana y Cruz, 1996, 41 y ss., fig. 8)⁴.

En cuanto a los cambios en el poblamiento en relación con la etapa precedente o Protoceltibérica, lo que se constata en la zona nordeste de Segovia es un aumento menor de asentamientos que en otras regiones; así, pasamos de 7 yacimientos protoceltibéricos (un 27%), a 13 del Celtibérico Antiguo (59%) y dos necrópolis (9%), reduciéndose drásticamente en el Celtibérico Antiguo B. Por el contrario, en otras regiones el aumento de población sería mucho mayor, como por ejemplo se aprecia en líneas generales en la región del Alto Duero y Alto Jalón, donde de los 174 yacimientos localizados, 13 sería protoceltibéricos (Jimeno y Martínez Naranjo, 1999, 173 y 184), o más concretamente en el Alto Jalón-

Mesa (Martínez Naranjo, 1997, 169, Fig. 5 y 7) y en la zona de Molina (Arenas, 1999a, 171, 173 y 178).

Si observamos ahora la distribución de los yacimientos con respecto a las dos épocas en la que generalmente se divide la Edad del Hierro, en la mitad oriental de la provincia de Segovia y teniendo en cuenta el Inventario Arqueológico Provincial se han registrado hasta el momento 19 yacimientos del Hierro I, de ellos 12 en la zona de prospección (a los que habría que añadir los 7 protoceltibéricos no desglosados como tales en el inventario); 10 del Hierro I y II, de ellos 3 en nuestra zona; y 22 del Hierro II, de ellos 9 también en la zona nordeste; si la superficie de el área de prospección es de un 13,6% (416,31 km²) respecto a la mitad oriental de la provincia de Segovia (3.051 km²), el que el 47% de los yacimientos estén en la zona de trabajo, demuestran lo exhaustiva que fueron las labores de prospección teniendo en cuenta que de todos esos yacimientos, sólo 4 (un 16%) aparecían en la bibliografía.

Esta mayor representación de la zona nordeste de Segovia respecto al resto de la mitad oriental de la provincia, es mucho más intensa en la etapa protoceltibérica, con el 100% de los yacimientos de esta mitad (creemos que por falta de identificación de los mismos), el 63 de los yacimientos de la Primera Edad del Hierro y el 68% de los de la Segunda, y sólo en el caso de los yacimientos que presentan las dos fases de la Edad del Hierro, suponen un 30%. Igualmente, se trata de un número de yacimientos mucho más elevado que el que se tuvo en cuenta para el estudio del poblamiento de Segovia en la Edad del Hierro (Barrio, 1999a, 73 y ss.).

Ahora bien, estos datos de la zona oriental de la provincia de Segovia se apartan de los globales para toda la provincia. Así, tenemos: 60 yacimientos para la Primera Edad del Hierro y 35 para la Segunda; sólo perdurarían 17 de la Primera (un 28% de los de la Primera, que corresponden con el 49% de los de la Segunda); esta drástica reducción de los poblados es más acentuada en la zona noroeste de la provincia de Segovia, donde se pasa de 22 yacimientos en la Primera Edad del Hierro a sólo 6 (dos de ellos *ex novo*), que en el resto de la provincia, donde el descenso está más matizado y donde el crecimiento de poblados de nueva planta es mayor (un 55%) (Gallego Revilla, [2000], 245, fig. 125).

En todo caso, encontramos paralelos para ambas situaciones, es decir, para un mayor número de yacimientos durante la Primera Edad

4. Los datos aquí aportados se basan en las informaciones de las diferentes comarcas o regiones: Soria, Jimeno y Arlegui, 1995, 104, fig. 2a.; Campo de Gomara, Borobio, 1985, 209-210; Tierra de Almazán, Revilla, 1985, 365-366; Zona Centro, Pascual, 1991, 287-288; Altiplanicie soriana; Morales, 1995, 309 y 319-231; sudoeste, Heras, 2000, 216 y 217; Alto Jalón-Mesa, Martínez Naranjo, 1997, 169, fig. 5 y 7; Molina de Aragón, Arenas, 1999a, 178, fig. 122.

Figura 3: A), Plano de los yacimientos de La Antipared I (nº 41), La Antipared II (nº 42) y Valdepardebueyes (nº 43); B), Esquema del yacimiento de Ayllón y de sus recintos medievales (Zamora 1993, fig. 0000).

del Hierro o durante la Segunda. Así, el que haya una mayor representación de poblados de la Segunda Edad del Hierro, que de la Primera, en algunos casos, con un aumento significativo en los siglos II y I a.C., acercaría esta mitad oriental de la provincia de Segovia a regiones como el Alto Duero⁵ (Jimeno y Arlegui, 1995, 105 y 109), sobre todo en la comarca de Almazán, donde se pasa de 6 a 19 yacimientos (Revilla, 1985, 377) y en la Zona Centro soriana, donde se pasa de 6 a 17 (más 3 necrópolis) (Pascual, 1991, 267); el aún más cercano sudoeste soriano (Heras, 2000, 212-214); el Bajo Jalón, donde se habla de una auténtica explosión de asentamientos o el sudoeste de la comarca de Daroca (Ruiz Zapatero, 1995, 39, fig. 10).

Por el contrario, la reducción que observamos en la zona de prospección, y en general en la provincia de Segovia, sin que esto signifique que descendería el volumen de población, todo lo contrario, se documenta igualmente en el valle del Cidacos (Ruiz Zapatero, 1995, 38, Fig. 10);

en la zona del Moncayo (Aguilera, 1995, 219; Burillo, 1998, 223, Fig. 60) y el Valle Medio del Ebro (Burillo, 1992: Fig. 2 y 3); y, en especial dada su cercanía, en la cuenca del Duero, donde se asiste a un proceso de concentración de núcleos urbanos a lo largo de la Edad del Hierro (San Miguel, 1993, 24; Sacristán *et alii*, 1995, 338, Tabla 5). Por último, en la comarca de la Altiplanicie soriana hay una presencia similar de yacimientos: 23 tanto de la Primera como de la Segunda Edad del Hierro (Morales, 1995, 299 y 304).

En conclusión, parecería que la zona de prospección, a pesar de su vinculación con el Alto Duero y el mundo celtibérico, como luego veremos, presenta un modelo de poblamiento, donde la concentración de la población en grandes poblados lo acercaría más al modelo vacceo, algo que ya se ha venido señalando para ciertas zona también limítrofes entre ambos pueblos (Sacristán *et alii*, 1995, 363 y 365), pero que también presenta paralelos en otras comarcas de la Celtiberia, aunque alejadas del nordeste de la provincia de Segovia, como acabamos de ver.

2.2. Emplazamiento y características de los poblados principales

En esta época encontramos en el área de prospección varios núcleos de poblamiento que en-

5. Tampoco parece un crecimiento tan significativo, porque los mapas presentados por estos autores señalan 65 yacimientos para la Primera Edad del Hierro, 71 para los siglos IV y III y 69 para los siglos II y I a.C. (hemos contabilizado las necrópolis cuando se encuentran alejadas de asentamientos conocidos) (Jimeno y Arlegui, 1995, fig. 2A, fig. 3 y fig. 9).

global cada uno una serie de yacimientos. En primer lugar, el núcleo en torno al castro de La Antipared I (nº 41), en Montejo de la Vega, en el Riaza Medio (Fig. 3A); y en segundo lugar, el núcleo en torno al posible castro y posterior *oppidum* de El Cerro del Castillo de Ayllón (o La Martina, nº 5), en el Aguijoso (Fig. 3B). El castro sería una forma de asentamiento característica de la Edad del Hierro en el cuadrante noroccidental de la Meseta, que coincidiría con la *Hispania Céltica*, pudiendo rastrearse su origen ya en el Bronce Final (Almagro-Gorbea, 1994, 18).

En ambos núcleos el yacimiento principal, La Antipared I y El Cerro del Castillo de Ayllón, se encuentra sobre el borde del páramo (aunque estructuralmente no lo sean en ambos ejemplos, uno está sobre una plataforma de caliza del Mesozoico y el otro sobre una superficie de conglomerados miocénicos, sí lo son desde el punto de vista de la configuración del relieve –Tejero de la Cuesta, 1988, 37 y ss.–); ambos dominan la campiña de los ríos Riaza y Aguijoso respectivamente, y con unas inmejorables condiciones defensivas, sobre todo en La Antipared I, rodeada de cortados de casi 100 metros de altura y desniveles de unos 60 m en El Cerro del Castillo, aunque en este caso mucho menos abruptos que en la Antipared I, lo que demuestra un carácter defensivo propio de los castros de la primera Edad del Hierro (Almagro-Gorbea, 1994, 15; Cerdeño *et alii*, 1995, 164; Lorrio, 1997, 71). Se trata de una ubicación frecuente en otros yacimientos de la misma época en la provincia de Segovia, aunque aquí predominan los de espigón fluvial (Barrio, 1999a, 165); en el Alto Tajo-Alto Jalón (Cerdeño *et alii*, 1995, 163); en el Alto Jalón-Mesa (Martínez Naranjo, 1997, 169); o en algunos poblados de El Soto (Sacristán *et alii*, 1995, 344), sobre todo en la zona de los Montes Torozos (San Miguel, 1993, 26).

La ubicación en altura no implica la búsqueda de los picos culminantes del entorno, ya que los asentamientos aparecen dominados por elevaciones superiores, lo cual es una característica de los castros sorianos (Romero, 1991, 197), los burgaleses (Abásolo y García Rozas, 1980, 11-12; Sacristán y Ruiz Vélez, 1985, 188), o el de algunos poblados del centro y sur de Soria, cuando no se asientan sobre cerros aislados (Borobio, 1985, 329-330; Pascual, 1991, 262, Fig. 145). Respecto a la altitud absoluta, esta es elevada, debido a la configuración general del terreno, mayor en El Cerro del Castillo (entre 1.030-1.000 m), y algo menor en La Antipared I (entre 940 y 950 m). Se trata de unas altitudes algo inferiores a las de los castros sorianos (Romero, 1991, 190); si-

milares a la de poblados del centro-sur del Alto Duero (Revilla y Jimeno, 1986-87, 87-88; Heras, 2000, 212-213) y a los de la zona oriental de la provincia de Burgos (Abásolo y García Rozas, 1980, 11-12; Sacristán y Ruiz Vélez, 1985, 188); y superior a los de El Soto de la zona de Valladolid (San Miguel, 1993, 22, fig. 2). Más importante sería la altitud relativa que acentúa su carácter encastillado, sobre todo en La Antipared I, con un desnivel de entre 90-100 m, mientras que en El Cerro del Castillo de Ayllón éste alcanzaría los 60 m en su parte oeste. En el primer caso se trata de un desnivel frecuente en los castros sorianos, pero menos frecuente entre los poblados celtibéricos o en los poblados de El Soto de borde de páramo, que estarían más acorde con la altitud relativa de El Cerro del Castillo (Romero, 1991, 190; San Miguel, 1993, 26-27; Lorrio, 1997, 66). En todo caso ambos estarían dentro de los poblados con elevados índices de pendientes, característicos del Celtibérico Antiguo y Pleno de Molina (Arenas, 1999a, 201).

Junto a la altitud, la presencia de las murallas refuerza el carácter defensivo del propio emplazamiento de los castros celtibéricos (Almagro-Gorbea, 1994, 15; Lorrio, 1997, 71), aparte de que pudieran funcionar también como un código de comunicación no verbal que harían alusión al rango del poblado, a su capacidad de construcción y de movilizar mano de obra (Arenas, 1999a, 216); igualmente se ha señalado que serían un factor de cohesión social, además de un elemento identitario que reforzara su sentido étnico (Romero, 2005, 94). Normalmente la muralla constituye la defensa principal y en ocasiones la única identificada (Abásolo y García Rozas, 1980, 11-12; Romero, 1991, 200; Lorrio, 1997, 71), que en el caso de los poblados celtibéricos estarían realizadas en piedra a base de mampostería en seco (Lorrio, 1997, 71). Sólo se han constatado dentro de la zona de prospección en el castro de La Antipared I (Fig. 3), en este caso en su lado sur-sudoeste, donde se levantó una muralla que cerraba un único recinto y que ya hemos descrito en un trabajo anterior (López Ambite, 2002, 83-86).

Lo que sí que queremos recordar es que las características de la muralla del castro de La Antipared I la relacionarían con las fortificaciones de los castros sorianos de la serranía, a pesar de su distancia geográfica, con los cercanos castros burgaleses y, en algún caso, con los más próximos yacimientos del sudoeste soriano. Sin embargo, la altitud sobre la que se asienta el castro de La Antipared I y, sobre todo, su extensión, lo acercaría a los poblados del centro y sur de

Figura 4: Castro de La Pedriza, Ligos, Soria (Ortego 1960); recinto amurallado orientado al sur y detalle de la zona sudeste.

Soria, así como la cercanía con ellos. Sin embargo, en estos poblados no se han constatado las mismas preocupaciones defensivas que en los castros del norte (Revilla y Jimeno, 1986-87, 87-88; Romero y Jimeno, 1993, 206; Romero y Misiego, 1995a, 72; Jimeno y Arlegui, 1995, 103-105). En esta línea podría incluirse el poblado de El Cerro del Castillo, sin murallas conservadas, a pesar de que la existencia de fortificaciones alto medievales en adobe y tapial haya inducido a postular un tipo de amurallamiento similar para la Edad del Hierro a algunos investigadores, pero sin ninguna base para estas afirmaciones (Barrio, 1999a, 128).

Todo ello ha inducido a plantear una serie de hipótesis para explicar estas diferencias en grupos tan próximos entre sí. En general se admite que serían los motivos económicos los que determinarían su construcción en los poblados de la serranía (Romero y Ruiz Zapatero, 1992, 113; Romero y Jimeno, 1993, 208; García-Soto y Rosa, 1995, 91); mientras que para Lorrio, su existencia podría relacionarse con la presencia de una sociedad guerrera sin poblados amurallados en el grupo celtibérico que realizarían incursiones de carácter unidireccional sobre los poblados de la serranía (Lorrio, 1997, 269). En todo caso, también aparecen murallas y a veces fosos en el centro y sur de Soria, por ejemplo Alepud (Revilla, 1985, 204 y 329); en el sudoeste, con yacimientos como Peñalba y Peña Cea (Heras, 2000, 212-213), o en La Pedriza de Ligos (Ortego, 1960, 108); en el sur de la provincia en yacimientos de entre 0,3 y 1 Ha., en este caso se apunta a la posibilidad de que su amurallamiento podría estar en relación con los del norte de Guadalajara; y también en esta zona aparecen en la

segunda mitad del siglo VI a.C. unos yacimientos pequeños y amurallados que se han identificado como posibles torres (Jimeno y Martínez Naranjo, 1999, 177-178).

Por todo ello, quizá la falta de murallas en toda esta zona sur de la provincia de Soria, en donde podríamos incluir el yacimiento de El Cerro del Castillo de Ayllón (nº 5), tenga que ver con la pérdida de información, bien porque se trataría de murallas hechas en materiales menos duraderos (adobe, madera), bien por tratarse de yacimientos accesibles desde la llanura, lo que ha permitido el aprovechamiento de la piedra para construcciones posteriores. Hay que recordar cómo muchos de estos yacimientos, aparte de encontrarse cerca de poblados actuales, se cultivan en la actualidad como El Cerro del Castillo, por lo que es posible que haya tenido lugar un desmantelamiento de las murallas o su enmascaramiento por las labores agrícolas, o las dos cosas (Revilla, 1985, 329-330; Revilla y Jimeno, 1986-87, 87). Esta misma hipótesis se ha señalado para los castros de las comarcas sedimentarias burgalesas (Abásolo y García Rozas, 1980, 12); para algunos yacimientos del Ebro Medio (Burillo, 1980, 182); e incluso de El Soto en el centro de la Cuenca del Duero (San Miguel, 1993, 29; Delibes *et alii*, 1995a, 63).

En todo caso, la mayoría de los autores que han estudiado los yacimientos sorianos están de acuerdo en que se trata de yacimientos con un fuerte carácter defensivo (Revilla, 1985, 329; Revilla y Jimeno, 1986, 87-88; Pascual 1991, 262; Romero y Jimeno, 1993, 206; Morales, 1995, 287; Romero y Misiego, 1995a, 72; Jimeno y Arlegui, 1995, 103-105), a lo que hay que sumar la información sobre una sociedad

guerrera que ofrecen las necrópolis; por todo ello extraña esta falta de defensas en estos poblados (García-Soto, 1990, 24-25; Lorrio, 1993, 296 y 308; Lorrio, 1997, 280), que nosotros creemos que se debe más a factores circunstanciales de conservación. Así, en el caso de El Cerro del Castillo, la distancia de algo menos de 5 km con respecto al castro de la Pedriz de Ligos, ya en Soria, con una potente muralla, nos induce a pensar que Ayllón debió contar con algún tipo de fortificación, máxime si se tiene en cuenta que Ligos no pasará del Celtibérico Antiguo B (Ortego, 1960, 112, fig. 3,1), mientras que El Cerro del Castillo continuará su hábitat a lo largo del Celtibérico Pleno. También en esta línea tendríamos la casi confirmación de una muralla del Celtibérico Pleno o Tardío en este yacimiento, que podría ser la continuación de la del periodo Antiguo.

En conclusión, creemos que la muralla del castro de La Antipared I, con claros paralelos con el alejado grupo castreño soriano, y con el mucho más cercano grupo burgalés y del sur o sudoeste de Soria, no debería ser un caso aislado, sino que estaría dentro de un contexto común de amurallamientos de la Primera Edad del Hierro en todo el Alto y, quizá, Medio Duero, muy mal conservados en su mitad sur, salvo en la zona burgalesa y segoviana, y que la falta de excavaciones impide descubrir; si a ello unimos la información de las necrópolis, tendríamos unas sociedades inmersas en una fuerte conflictividad, cuyo origen, aparte del control de determinados recursos, podría estar en la concentración de la población en unos núcleos concretos y el control de un amplio territorio de aprovechamiento exclusivo (Almagro-Gorbea, 1994, 21; Cerdeño *et alii*, 1995, 165; Collado, 1995, 422; Lorrio, 1997, 144 y 313-315; Almagro-Gorbea, 1999b, 36-36). En el caso de que no se confirmase esta hipótesis, quizá la potente muralla levantada junto al Riaza esté señalando un yacimiento de frontera, al igual que ocurre en otros castros burgaleses, enfrentado a otro grupo cultural diferente, como es el grupo de El Soto de las campiñas del Duero Medio, con menor preocupación defensiva⁶, gru-

po que cuando se fortifica, lo hace con murallas de adobe.

Respecto al urbanismo, la posterior alteración del yacimiento de La Antipared I con motivo de la repoblación forestal o el asentamiento medieval en Ayllón han enmascarado los posibles restos de la estructura del poblado que pudieran apreciarse a través de la foto aérea. Por tanto, no sabemos si se registrarían las primeras fases de urbanismo de los poblados celtibéricos (Almagro-Gorbea, 1994, 16-18), pero el cercano ejemplo del castro de La Pedriz de Ligos podría servir como ejemplo del urbanismo alcanzado por estos castros. En él se ha hallado una calle de unos 4 m de anchura con viviendas de planta rectangular a base de gruesa mampostería; las dimensiones de tres de las viviendas exhumadas oscilarían entre los 12-10 por los 3,70-2,80 metros, y parece que estaban divididas en dos ámbitos (Ortego, 1960, 112) (*vid.* Fig. 4); esta calle, por la disposición topográfica de la misma y de la propia superficie del poblado, no sería una calle central del poblado, por lo que nos encontraríamos ante un urbanismo más complejo (Almagro-Gorbea, 1994, 16).

Dejando los poblados, junto a los mismos se han podido documentar dos **necrópolis** de incineración. La necrópolis de La Antipared I, denominada La Antipared II (nº 42), se ubica al sur del yacimiento, a unos 150 m sobre la ladera de una elevación que domina el castro, desde el que es perfectamente visible el cementerio. Por el contrario, la necrópolis de La Dehesa de Ayllón (nº 13) se encuentra en la vega, al otro lado del río Aguijesejo y a 1.250 m del poblado, desde el que se puede controlar también el cementerio (Barrio, 1999a, 129 y 140; *Idem*, 2006, 106), en una disposición similar a la de Tiermes con respecto a Carratiermes (Argente, 1990, 51, fig. 1). Este control por parte del poblado parece normal en las necrópolis celtibéricas, situadas a menos de 1,5 km de sus poblados y sobre todo entre 150 y 300 m (García-Soto, 1990, 19; Lorrio, 1997, 111).

La ubicación la necrópolis de La Antipared II en la ladera de un relieve elevado no es el más frecuente, ya que se prefieren las vegas (García-Soto, 1990, 19; Lorrio, 1997, 111), como el caso de la vecina La Dehesa de Ayllón (Barrio, 1990, 273 y ss.; *Idem*, 1999a, 129 y 140; Zamora, 1993, 47-51); aunque también existen necrópolis en lugares escarpados, como el caso de La Picota, en Sepúlveda (Conte y Fernández, 1993, 105-106; Barrio, 1999a, 89), o en el posible cementerio del castro de La Pedriz de Ligos, a tan sólo unos 30-40 m del poblado (Ortego, 1960, 116).

6. Por ejemplo, en la cercana Roa no se han constatado murallas ni de la Primera ni de la Segunda Edad del Hierro (Sacristán, 1986a, 145); parece que el vecino castro de Adrada de Haza, a unos 15 km de La Antipared I, estaba amurallado, aunque presenta una cultura material similar a la de La Antipared, con el que estaría estrechamente relacionado, por lo que posiblemente pertenecería al mismo grupo cultural que éste (Sacristán y Ruiz Vélez, 1985, 188; Sacristán, 1986a, 44-45; *Idem*, 1986b, fig. 1 y 2).

Lorrio destaca también el que suelen estar cerca de fuentes de agua, lo que podría implicar una serie de rituales de tránsito en los que el agua jugaría un papel fundamental (Lorrio, 1997, 111; Cerdeño, 1999, 73); en nuestro caso, La Antipared II se encuentra a 700 m de estas fuentes, distancia que en realidad sería mayor por lo abrupto del terreno, y La Dehesa de Ayllón a 1.100 m, por lo que en ambos cementerios no parece tan clara esta relación; quizá una explicación más sencilla a la proximidad a fuentes de agua sería la de una preferencia por terrenos sedimentarios cercanos a los poblados, por su cercanía, su control visual y la facilidad para realizar el enterramiento de las cenizas, terrenos que al ser de vega presentan un drenaje natural que hace que siempre haya un curso fluvial en sus cercanías. Así por ejemplo, las cercanas necrópolis de La Dehesa de Ayllón o Carratiermes, cercanas a cursos de agua, en ningún caso se hallan contiguas a sus respectivos ríos (Barrio, 1999a, fig. 88; Argente, 1994, 287).

En el caso de La Antipared II, toda la zona presenta multitud de lajas de caliza de diferentes tamaños, levantados por la maquinaria de reforestación; algunas sí pudieron corresponder a estelas funerarias, similares a las que aparecen en algunos cementerios celtibéricos, por ejemplo en Carratiermes o Ucero (Argente y García-Soto, 1994, 88), pero en todo caso, esta característica no se ha podido determinar todavía. Tampoco se han podido detectar túmulos, lo que parece ser una característica de las necrópolis burgalesas, como parece ser el caso de la cercana Adrada de Haza (Sacristán y Ruiz Vélez, 1985, 196 y 204⁷). Para la necrópolis de La Dehesa de Ayllón apenas si hay datos (Barrio, 1999a, 129 y ss.; *id.* 2006, 106 y ss.).

Respecto a la fecha de la necrópolis de La Antipared II (López Ambite, 2002, 95-96), si tenemos en cuenta la cronología relativamente antigua del broche de escotaduras, que coincide con la de la fíbula de doble resorte (Fig. 10), podríamos fechar esta tumba a finales del VI y a lo largo del V a.C., lo cual no implica que el asentamiento castreño sea algo anterior, ya que si este yacimiento estuviera relacionado con los poblados del centro y sur del Alto Duero, como así parece indicar los paralelos de la ubicación del castro, la muralla y la necrópolis, podría haber surgido desde finales del siglo VII a.C. en adelante (Revilla y Jimeno, 1986-87, 100; Romero y Jimeno, 1993, 206; Romero y Misiego, 1995a,

72). En todo caso el que no aparezcan cerámicas a torno celtibéricas y sí de decoración de bandas de color vinoso en el poblado, confirmaría la cronología de finales del VI y sobre todo del siglo V a.C. (Delibes *et alii*, 1995a, 69; Escudero y Sanz Mínguez, 1999, 333-334).

Para la cronología de la necrópolis de La Dehesa de Ayllón las lanzas de tipología antigua, en algún caso los cuchillos de hoja curva, las fíbulas de doble resorte (Barrio, 1990, 276-278), las de pie vuelto, las anulares hispánicas, la cerámica a mano con características de la Primera Edad del Hierro y la cerámica a torno de importación decorada con pintura de color vinoso, nos indicarían una cronología del siglo VI-V a.C., al menos en la parte excavada, ya que en el poblado está constatada la fase Plena y parte de la Tardía (Barrio, 1999a, 134; Escudero y Sanz Mínguez, 1999, 330; Barrio, 2006, 108).

La existencia de este tipo de cementerios de cremación en las fases más antiguas es una de las características que determinan la adscripción de sus habitantes a la Celtiberia (Lorrio, 1997, 261), ya que faltan en el ámbito de la serranía soriana, donde por el momento no existen indicios, excepto unas posibles incineraciones en El Royo, habiendo sido infructuosos los sondeos en una serie de posibles túmulos cercanos a estos poblados (Eiroa, 1984-85, 201; Romero y Jimeno, 1993, 205; Romero y Misiego, 1995a, 71); en este sentido, esta falta de enterramientos podría relacionarse con otras prácticas funerarias documentadas por las fuentes clásicas (Lorrio, 1997, 345 y ss.; *idem*, 2000a, 146). También faltan del ámbito de El Soto, aunque se han valorado algunos indicios, como la posible necrópolis de Almenara de Adaja (Delibes y Romero 1992, 249). Lo único que se conoce es la existencia de inhumaciones infantiles bajo las viviendas (Delibes *et alii*, 1995a, 78), ya que las primeras necrópolis ya vacceas parecen de finales del V o principios del IV a.C. (Delibes *et alii*, 1995a, 88 y 91).

Por el contrario, estas necrópolis son características del centro y sur de la provincia de Soria (Romero y Jimeno, 1993, 208-209; Romero y Misiego, 1995a, 73; Lorrio, 1997, 268), del este de la provincia de Burgos (López Monteverde, 1958, 194-199; Moreda y Nuño, 1990, 176-178), al igual que del Alto Tajo-Alto Jalón (Cerdeño y García Huerta, 1990, 78 y ss.). En general, parece que se concentran fundamentalmente en el Alto Jalón, prolongándose por las estribaciones de la Sierra de Pela y disminuyendo hacia el norte de Soria (Lorrio, 1997, 261 y ss.; Jimeno y Martínez Naranjo, 1999, 180).

7. Muchas de las necrópolis que citan son dudosas.

2.3. Los poblados menores

La otra característica que distingue a los dos núcleos de Montejo de la Vega y de Ayllón respecto a la etapa protoceltibérica es la distribución de una serie de asentamientos menores de diferentes características según los núcleos a los que correspondan (Fig. 1). Sea cual sea la hipótesis sobre la relación entre estos yacimientos menores y los principales, que más adelante intentaremos explicar, lo que sí que pueden demostrar es el grado de extensión del territorio de estos grandes núcleos, que controlarían o habrían aglutinado a estos poblados. Así, si medimos las distancias desde el asentamiento principal hasta los más alejados yacimientos que forman su núcleo, comprobaremos que en el caso de la zona de La Antipared, el control sobre su vega abarcaría menos de 6 km. Se trata, por tanto, de una superficie controlada de menor tamaño, si lo comparamos con el siguiente núcleo de Ayllón, debido no sólo a la menor superficie controlada en términos absolutos, sino también en términos relativos, ya que se trata de una zona donde el río va encajado y, por tanto, la cantidad de superficie útil para la agricultura o para pastizales, es mucho menor que la de la amplia campiña del Aguijoso y tramo medio de Rianza del siguiente núcleo, teniendo en cuenta el tipo de economía que se supone para estos poblados. Una explicación podría ser la mayor dedicación a la ganadería extensiva en el núcleo de Montejo, que explotaría las parameras de la zona, frente a una preferencia agrícola en el de Ayllón, como veremos al tratar el análisis de captación; otra, que no tendría por qué ser excluyente respecto a la anterior hipótesis, es la diferencia en el tamaño de los dos yacimientos *nucleadores*, es decir, La Antipared I (nº 41) y El Cerro del Castillo de Ayllón (nº 5), cuyas evidencias indican que el primero tendría una superficie de 3,25 Ha, mientras que el segundo parece que alcanzaría las 3,75 Ha como mínimo.

En cuanto al núcleo de Ayllón, éste presenta una dispersión de yacimientos secundarios de unos 4 km río abajo hacia el noroeste o 14 km, si incluimos el único y algo aislado yacimiento de Maderuelo, El Alto de la Semilla I (nº 31), y de unos 11 km río arriba hacia el sudeste (Prado Barrio –nº 59–), lo que implica un control de unos 15 ó 25 km de ribera. Teniendo en cuenta esto, la diferencia que hay entre el espacio controlado río abajo, 14 km, y río arriba, 11, km es muy similar, aunque las condiciones geográficas son muy diferentes, con una amplia campiña aguas abajo de Ayllón y un tramo superior del río Aguijoso mucho más serrano, sobre

todo a partir de Santibáñez de Ayllón. Respecto a los yacimientos de este tramo superior del río, existe la posibilidad de que pudieran incluirse en el radio de acción del cercano yacimiento de La Pedriza de Ligos, en Soria (Ortego, 1960) a tan sólo 4,5 km de El Cerro del Castillo. Sin embargo, no creemos que esto pueda ocurrir, por dos razones: la primera por pertenecer a cuencas fluviales diferentes (la de Ligos pertenece al río Pedro), con lo que a igualdad de distancia con los poblados secundarios la comunicación más fácil sería a través del camino natural del río Aguijoso con Ayllón; y la segunda, porque Ligos no traspasará el Celtibérico Antiguo B, al constatar su excavador importaciones de cerámicas a torno decoradas con bandas de color vinoso, pero no las cerámicas celtibéricas (Ortego, 1960, 112, fig. 3), posiblemente por absorción del vecino poblado y posterior *oppidum* de El Cerro del Castillo, que sí alcanzará el periodo Celtibérico Pleno. Esta distancia tan corta entre dos castros llama la atención en esta zona, pero existen otros ejemplos en la provincia de Segovia, Soria y Zaragoza.

En cuanto a las características de estos poblados menores, lo primero que queremos señalar es que se trata de un hábitat indeterminado, de los que cuatro se asientan en cerro, dos en borde de páramo y cinco en loma. Tan sólo Peñarrosa (nº 40), donde se documentó una pequeña acumulación de piedras de poca altura en la unión del yacimiento de borde de páramo y la propia paramera, pudiera tratarse de un castro; en este sentido, hay que destacar, que se trata del emplazamiento más estratégico de esta parte del valle, mucho mejor que el propio asentamiento de El Cerro del Castillo de Ayllón. Además, si añadimos los dos poblados centrales, en alto, pero no las dos necrópolis, tenemos que en el núcleo de Montejo hay un 83 % de yacimientos en alto y en el núcleo de Ayllón un 50 %, es decir, unos datos muy diferentes, máxime si tenemos en cuenta que los poblados en alto de la zona de Montejo se encuentran en una parte del valle relativamente reducida, de algo menos de 6 km lineales; por todo ello, no habría que pensar en principio en una coetaneidad de los mismos.

En un reciente estudio sobre el poblamiento en la provincia de Segovia, a partir de los datos del Inventario Arqueológico Provincial, se registra que un 37% de los yacimientos de la Primera Edad del Hierro se encontrarían en posición defensiva; este dato global se incrementa hasta un 51% si sólo observamos la zona este y sudoeste de la provincia, adscrita al mundo celtibérico, mientras que en la zona noroeste, asi-

Figura 5: Superficie de los yacimientos del Celtibérico Antiguo ordenados por núcleos de poblamiento; la cifra de Las Torres es una estimación.

milable al conjunto de El Soto, sólo un 18% presentaría estas características (Gallego Revilla, [2000], 224 y 227-228, Fig. 111 y 113), porcentaje que se podría considerar bajo si lo comparamos con los datos de la provincia de Valladolid (San Miguel, 1993, 26). Por tanto, los datos del núcleo de Ayllón podrían estar entre los parámetros de la Segovia celtibérica durante la Primera Edad del Hierro, mientras que los del núcleo de Montejo, quizá por razones fronterizas o la propia configuración del terreno, superarían esta media con mucha amplitud; en todo caso se alejarían del vecino modelo de poblamiento de El Soto.

En la comarca de Molina, la existencia de marcadas diferencias entre alguno de estos pequeños asentamientos y el poblado central, hacen pensar que se podría estar ante lo que se denomina *una auténtica parcelación funcional del hábitat*, con alguno de éstos dedicados a actividades agropecuarias, a la alfarería o a la minería, o al control estratégico, bien en los límites del territorio, bien en el interior del mismo para controlar determinados recursos; pero más que una jerarquización entre los diferentes poblados, se defiende una complementariedad entre los mismos (Arenas, 1999a, 217-219). En el caso que aquí nos ocupa, el de la comarca nordeste de Segovia, no hemos podido documentar esta serie de actividades diversas, salvo las supuestamente agropecuarias.

En general se considera que es durante el periodo Celtibérico Antiguo, en especial en su fase A, cuando se generaliza el hábitat en altura, siendo uno de los rasgos definitorios del poblamiento celtibérico en el Alto Duero (Jimeno y Arlegui, 1995, 103), el sudoeste soriano (Heras, 2000, 216), el Alto Tajo-Alto Jalón (Martínez Naranjo, 1997, 169; Cerdeño *et alii*, 1995, 164-165; Lorrio, 1997, 66; Arenas, 1999a, 196, Fig. 132), en la propia provincia de Segovia (Barrio, 1999a, 166; Gallego Revi-

lla, [2000], 224 y ss.), o en la Sierra de Albarracín, con un 73% de yacimientos en alto y con posición estratégica (Collado, 1995, 422). También lo constatamos en el valle medio de Ebro, en especial en su afluente, el Jiloca, donde se observa el deseo de un control estratégico de los caminos naturales principales (Burillo *et alii*, 1995, 251); y también en el valle del Huecha, donde por ejemplo, hay sólo 4 yacimientos en llano frente a unos 30 en alto (Aguilera, 1995, 218). Esta preferencia por el hábitat en alto no significa que no se localicen algunos, aunque en menor medida, en llano, tanto en el ámbito celtibérico (Jimeno y Arlegui, 1995, 103; Cerdeño *et alii*, 1995, 163; Martínez Naranjo, 1997, 198; Arenas, 1999a, 176-181; Heras, 2000, 216), en la Sierra de Albarracín, con un 26 % de los asentamientos en llano (Collado, 1995, 422), como el grupo de El Soto (Sacristán *et alii*, 1995, 344) o en la provincia de Segovia (Barrio, 1999a, 166; Gallego Revilla, [2000], 224 y ss.).

De todas formas, el que en nuestra zona de prospección haya un número más o menos equilibrado entre yacimientos en alto y en llano, pudiera ser una característica propia de esta zona o que en otros lugares haya habido una prospección selectiva. También destaca el que los yacimientos en alto carezcan de restos de murallas, salvo el poco probable caso de Peñarrosa, lo que en otros lugares, como el Alto Jalón-Mesa se explica por tratarse de una fase algo anterior, todavía con arquitecturas endebles, que ya ha abandonado el llano, pero que todavía no ha llegado a las estructuras de la Edad del Hierro, aunque en la fase plena domina el tipo de castro amurallado (Martínez Naranjo, 1997, 169; Arenas, 1999b, 198). Como veremos más adelante, creemos que en el nordeste segoviano podría haberse producido una situación similar.

Uno de los problemas con los que nos enfrentamos ante estos yacimientos conocidos a través de la prospección es que los materiales recogidos no son siempre significativos para establecer diferentes fases dentro de la secuencia general de la Edad del Hierro, ello en parte porque los trabajos de prospección se realizaron para el Inventario Arqueológico Provincial, cuyo objetivo era el de localizar yacimientos para su posterior conservación, más que el de establecer una secuencia de poblamiento como aquí se pretende realizar. Para poder identificar las dos fases en las que recientemente se viene dividiendo el Celtibérico Antiguo, tendremos que atenarnos sobre todo a la presencia o ausencia de determinadas producciones, en especial las cerámicas a torno con decoración pintada de bandas vinosas, ya que no se han registrado cerámicas grafita-

das, ni, salvo en un dudoso caso en Peñarrosa, cerámica a mano con pintura de postcocción; y, en segundo lugar, al tipo de emplazamiento y de estructuras que parecen claramente definidas tanto para el Alto Duero, como, sobre todo, para el Alto Tajo-Alto Jalón, como hemos visto. En el apartado 3 intentaremos describir la evolución del poblamiento a partir de la interpretación de los datos registrados en el proceso de prospección y teniendo en cuenta los modelos de poblamiento de otras regiones.

2.4. Características del poblamiento

La superficie que presentan los yacimientos, salvo en el caso de La Antipared I, con un perímetro bien delimitado por los cortados y la muralla, es aproximada, teniendo en cuenta los avatares que han podido sufrir por la acción de la erosión natural o la directa intervención del hombre, pero en todo caso, constituye un criterio esencial de clasificación de los núcleos de poblamiento y nos informa de la posible existencia de una jerarquización de los mismos (Lorrio, 1997, 67). Así, aparece Ayllón como el de mayor superficie, 3,75; a continuación vendría el castro de La Antipared I, con 3,25 Ha. con una forma subtriangular y unas dimensiones máximas de 300 m de largo por 150 m de ancho (Fig. 5).

Mayor de una hectárea, aparte de los yacimientos centralizadores, sería Fruto Benito (nº 49), cuya superficie se encuentra muy erosionada y a la vez con mala visibilidad por la existencia de matorral bajo, lo que hace que se trate de una extensión poco fiable. En todo caso, si comprobamos el gráfico de la figura 5, veremos cómo se trata de un caso aislado entre los yacimientos en torno a una hectárea o algo menos y los poblados centralizadores.

El siguiente grupo de yacimientos sería el de los que están en torno a la hectárea; entre ellos destaca Valdepardebueyes (nº 43), con abundantes restos de material, pero con una configuración del terreno muy abrupta y en pendiente muy fuerte que determinaría una superficie aprovechable mucho menor que la aquí reseñada; Los Cerrillos (nº 24), con escaso material y muy esparcido por una amplia superficie debido a las labores agrícolas; Peñarrosa (nº 40) y El Alto de la Semilla I (nº 31): el primero en borde de páramo con abundante material y bastante bien definido, posiblemente podría haber sido un castro pequeño; y el segundo sobre loma, con escaso material y los problemas ya comentados, de ahí que sus dimensiones podrían ser menores.

El último grupo de yacimientos no alcanzarían los 5.000 m², tres en el núcleo de Ayllón (Prado Barrio –nº 58–, La Cañada –nº 36– y El Cuervo –nº 18–) y dos en el de Montejo (Cuesta Chica –nº 50– y Las Hoces –nº 53–). Por último, desconocemos la superficie del poblado de Las Torres (nº 47) para el Celtibérico Antiguo, cuya extensión es muy controvertida, como se comentará al estudiar el Celtibérico Pleno⁸. La media total de todos los yacimientos, a pesar de la distorsión que supone la existencia de poblados de más de 3 Ha y de otros de menos de 5.000 m², es de 11.375 m², por encima de los 5.786 del periodo Protoceltibérico y muy por debajo de los 35.055 m² del Celtibérico Pleno y Tardío.

La superficie de los dos yacimientos jerarquizadores, El Cerro del Castillo de Ayllón y La Antipared I, es acorde con lo que conocemos para el resto de la provincia de Segovia, en especial con el grupo de entre 1,5 y 4 Ha. (Barrio, 1999a, 167). En un estudio posterior y más completo se señala que los yacimientos de 5 a 1,5 Ha de la provincia de Segovia supondrían un 27%, frente a los de más de 5 Ha con un 40% (Gallego Revilla, [2000], 229). También se asemeja a la de los poblados del Alto Duero en general (Jimeno y Arlegui, 1995, 104; Jimeno y Martínez Naranjo, 1999, 177); con los poblados del sudoeste de Soria, con superficies de 3,2 y 8 ha., junto a otros más pequeños (Heras, 2000, 212-213 y 216) y en especial con el cercano yacimiento de La Pedriza de Ligos, con una extensión de 3,4 Ha. (Ortego, 1960, 108); igualmente con los de la comarca de Almazán, con yacimientos de 2 y 5-6 ha., o con los del sudeste de la provincia de Soria con 3, 6 y 10 ha., también junto a otros más pequeños (Jimeno y Arlegui, 1995, 103-104); con los centros jerarquizadores del valle del Ebro (Lorrio, 1997, 67), en especial los del valle del Huecha, Zaragoza (Aguilera, 1995, 219); y, por último, con los poblados de El Soto del centro de Valladolid, con superficies entre 1 y 5 ha. excepto tres que superan las 10 has (San Miguel, 1993, 30).

Por el contrario, los poblados de la serranía soriana y los del Alto Tajo-Alto Jalón, presentan unas superficies mucho menores, no documentándose yacimientos de extensión parecida a los castros del Aguijoso-Riaza, sino como mucho yacimientos algo superiores a los de una hectárea y, sobre todo, menores a la misma (García Huer-

8. En cuanto a Las Torres, desconocemos la extensión durante la etapa antigua, por lo que hemos realizado un promedio entre los diferentes yacimientos del núcleo de Montejo, de ahí que los 9.000 m² que se presentan para establecer otro tipo de cálculos sólo sean una estimación.

ta, 1990, 149 y ss.; Romero, 1991, 198; Romero y Jimeno, 1993, 202; Cerdeño *et alii*, 1995, 164); por tanto, serían similares a algunos de los pequeños poblados del nordeste segoviano. Superficies con las que también concorderían los pequeños yacimientos de la provincia de Segovia, tanto los ubicados en llano y considerados como caseríos, como los que se asientan en alto y se identifican con torres (Barrio, 1999a, 166-167), que parece que para toda la provincia de Segovia alcanzaría un total del 40% (Gallego Revilla, 2000, 229); éstos también parecen confirmarse en el sudoeste soriano donde el 80% de los yacimientos es menor a una Ha (Heras, 2000, 216); en la Sierra de Albarracín (Collado, 1995, 419); o en la comarca de Molina de Aragón, donde la media de yacimientos es de 4.152 m² (Arenas, 1999a, 196, fig. 133).

Si sumamos las superficies por núcleos, sin contar con los poblados centrales, La Antipared I y El Cerro del Castillo, y damos a Las Torres una superficie acorde con la media de los poblados del núcleo de Montejo (unos 9.000 m²), a pesar de que hemos comentado que la superficie estimada es muy relativa, el total para el núcleo de Montejo es de 45.000 m², mientras que para el núcleo de Ayllón es algo menor, de 30.500 m², a pesar de contar con dos yacimientos más. Si las cifras fuesen correctas y los poblados sincrónicos, algo que no tuvo por qué ocurrir, comprobaríamos que la media de superficie de los poblados de Montejo sería mayor, de unos 9.000 m², que la de los de Ayllón, de 5.083 m², es decir, cerca del doble, a pesar de que la superficie controlada directamente por estos poblados es mucho menor que la de Ayllón, como ya comprobamos. Quizá la explicación a esta diferencia sea, aparte de las dificultades a la hora concretar las extensiones de los yacimientos o las deficiencias en el propio registro arqueológico de los mismos, el que el propio asentamiento de El Cerro del Castillo de Ayllón fuera mucho mayor que los centros jerarquizadores comarcales de La Antipared I y La Pedriza de Ligos, de ahí que mientras que Ayllón continúa en el Celtibérico Pleno, no ocurre lo mismo con estos dos centros.

Si ahora sumamos a la extensión de los pequeños asentamientos el del centro principal, obtendremos un total de 77.500 m² en el núcleo de Montejo, de los cuales el 42% corresponde con la superficie de La Antipared I. Si hacemos lo mismo para el caso de Ayllón, la superficie total obtenida es de 68.000 m², de los que el 55 % se corresponde con el núcleo centralizador. Por tanto, las diferencias con el castro de La Antipared I son notorias en cuanto a la superficie de

sus poblados, en este caso menores en número pero mayores en extensión que en relación con el núcleo de Ayllón; y en cuanto al peso del poblado central, sería menos importante en el caso de Montejo que en Ayllón. Si los poblados fueran sincrónicos, cosa que no creemos, la explicación a esta diferencia podría estribar en un menor peso demográfico y económico del poblado jerarquizador, que no aglutinaría suficientemente la población de su entorno, dejando importantes centros secundarios en su territorio, alguno de ellos como Las Torres que pervivirían incluso en el Celtibérico Pleno, algo que el potente centro de El Cerro del Castillo, que terminará absorbiendo incluso castros importantes como el de Ligos, sí debió conseguir.

En otros lugares, como la Sierra de Albarracín, se aprecia que aunque los poblados pequeños sean muy numerosos, sus superficies sumadas no llegan a ser tan importantes como las de los yacimientos jerarquizadores. Así los yacimientos menores de una hectárea que son un 86% del total, sólo suponen alrededor del 39% de la superficie, mientras que los yacimientos de más de una hectárea serían un 13% y su superficie abarcaría un 60% (Collado, 1995, 419). Si seguimos estas pautas, tendremos en nuestro caso que el 62% de los yacimientos (8), de menos de una hectárea, ocupa una superficie de un 24%, mientras que el 38% de los asentamientos de una hectárea o más (5), ocupan una extensión de un 76%; igualmente, queremos indicar que los dos grandes yacimientos o castros, en total un 15% de los asentamientos, suponen un 48% de la superficie total.

La altura absoluta de los emplazamientos tiene una media de 981 m, oscilando entre los 1.040 y los 890 m, concentrándose los yacimientos, en general, en las cotas por debajo de los 1.000 m, en un 60% (9 yacimientos); estando el resto, un 40 % (6 yacimientos), por encima de esta cota; estos seis casos pertenecen lógicamente al núcleo de Ayllón, debido a la configuración general del relieve de la zona, en progresivo descenso desde las cumbres de la Sierra de Ayllón hasta las campiñas del Duero (con la salvedad del Macizo de la Serrezuela). En todo caso, no son las altitudes mayores de la zona, sino que lo que predomina es la combinación de una altitud relativa suficiente para determinar el control del territorio y las vías de comunicación, y la defensa del poblado; también se tiene en cuenta la localización junto a zonas en llano óptimas para la agricultura, salvo en el caso de La Antipared I, algo similar a otras comarcas cercanas, como la de los castros sorianos (Romero, 1991, 197), la

de los castros burgaleses (Abásolo y García Rozas, 1980, 11-12; Sacristán y Ruiz Vélez, 1985, 188), la del Alto Duero (Jimeno y Arlegui, 1995, 101), cuando no se asientan sobre cerros aislados (Borobio, 1985, 329-330; Pascual, 1991, 262, Fig. 145), la del sudoeste de Soria (Heras, 2000, 216) y la del Alto Tajo-Alto Jalón (Cerdeño *et alii*, 1995, 164-165).

Esta elevada altitud está en consonancia con la de otros territorios, como el centro y sur de la provincia de Soria (Revilla y Jimeno, 1986-87, 87-88; Heras, 2000, 212-213); los poblados del Alto Tajo-Alto (Cerdeño *et alii*, 1995, 164), aunque en el caso de la comarca de Molina de Aragón parecen más elevados, con una altitud media de 1.150 m, oscilando entre 800 y 1.900 m, aunque menos que en su fase plena (Arenas, 1999a, 197, Fig. 135); los del Alto Jalón-Mesa (Martínez Naranjo, 1997, 169); los de la zona oriental de la provincia de Burgos (Abásolo y García Rozas, 1980, 11-12; Sacristán y Ruiz Vélez, 1985, 188); encontrándose por debajo de la de los castros sorianos (Romero, 1991, 190) y siendo superior a los de El Soto de la zona de Valladolid (San Miguel, 1993, 25, Fig. 2), todo lo cual viene determinado por la configuración general del relieve.

La altura relativa nos indica mejor la ubicación en lugares estratégicos, tanto para la defensa, como para el control del territorio. La media de todos los yacimientos es de 50,1 m de altura, aunque los yacimientos en borde de páramo presentan una altitud relativa que oscila entre los 100 m de La Antipared I y los 60 de El Cerro del Castillo, con una media de 86 m, lo que estaría cerca de la media de Segovia, entre los 70 y los 80 metros (Barrio, 1999a, 166); los asentamientos que se ubican en cerro oscilan entre 60 y 30 m, siendo la media de 44 m; por último, los yacimientos que documentamos sobre loma y vega, oscilan entre 40 y 10 m, siendo la media de 22,5 m. La altitud máxima está en consonancia con la de los castros sorianos, con desniveles muy acusados (Romero, 1991, 190), mientras que la de El Cerro del Castillo y otros poblados en borde de páramo o cerro con altitudes menores se acercan a los ejemplos de los poblados celtibéricos de la provincia de Soria o a la de los poblados de El Soto de borde de páramo (San Miguel, 1993, 26-27; Lorrio, 1997, 66). En la comarca de Molina, la altura relativa media es de 38,5 m, predominando las alturas entre 0 y 50 m (tipo II) al encontrarse los yacimientos en cerros testigo o espolones (Arenas, 1999a, 199).

La superficie de terreno controlado visualmente por los diferentes yacimientos es otra variable que tuvieron que tener en cuenta sus

pobladores (Lorrio, 1997, 66) y en este caso es superior a la de la etapa protoceltibérica, como no podía ser de otro modo, al ocuparse ahora cerros o el propio borde del páramo. Así, si la media en la etapa anterior era de 4,3 km², ahora va a ser de 8,7 km². Si ya también en la etapa protoceltibérica apreciábamos una diferencia en cuanto a la superficie controlada, ahora estas diferencias aumentan, con una media de 5,6 km² en el caso de Montejo (oscilando entre 7,9 y 1,8 km²) y de 11,5 km² en Maderuelo-Ayllón, con oscilaciones más acusadas entre 33,3 km² de Peñarrosa (nº 40), 31 de El Cerro del Castillo de Ayllón (nº 5) y los 1,1 km² de El Cuervo (nº 18). La media de 8,7 km² parece algo baja con respecto a otros yacimientos similares, como es el caso de la comarca de Molina; en esta zona el Territorio Real Controlado (TRC) en un radio 2 km², es decir, mucho menos que en nuestro estudio donde abarcamos un radio de 5 km², es de 7,2 km² (el 57,25% de TRC), aunque para el periodo Celtibérico Antiguo sería algo menor, en torno al 50%; el que la intervisibilidad sea menor en el Celtibérico Antiguo que en el Tardío se interpreta por tratarse de poblados autosuficientes (Arenas, 1999a, 199-200).

Dentro de esta superficie, en el caso de Montejo, casi todos los yacimientos se ven entre sí, excepto Las Hocas (nº 53), que por la configuración del encajado valle del Riaza no tiene conexión visual con ningún otro yacimiento de su núcleo; esta relación visual implicaría un control mayor que en el siguiente núcleo de Ayllón. Por el contrario, en el caso del núcleo de Maderuelo-Ayllón no ocurre lo mismo: El Alto de la Semilla I (nº 31), Los Cerrillos (nº 24) y Prado Barrio (nº 59) están totalmente desconectados del resto; los demás oscilan entre ver tres yacimientos (La Cañada -nº 36- y la necrópolis de La Dehesa de Ayllón -nº 7-), o cinco (Peñarrosa -nº 40- y El Cerro del Castillo de Ayllón -nº 5-); por tanto se trata de un núcleo donde el control visual a partir del poblado principal no sería determinante, sino el control de un amplio territorio a partir de una serie de yacimientos diseminados por el valle del río.

Este hecho de poder observar desde un poblado otros vecinos no parece darse en todas partes, en especial en aquellos que se asentaron en las cabeceras o tramos altos de pequeños ríos y arroyos, que a su vez serían pasos naturales para acceder al páramo, donde tendrían un reducido control visual del territorio (Martínez Naranjo, 1997, 169; Jimeno y Martínez Naranjo, 1999, 177). Sin embargo, encontramos una situación diferente en el poblamiento de El Soto, donde el

Figura 6: Mapa de las vías de comunicación principales en la zona de prospección y localización de los actuales núcleos urbanos: 1.- Vía natural de los ríos Aguijesejo y Riaza; 2.- Calzada Clunia-Segovia; 3.- Vía Serrana; 4.- Cañada Segoviana; 5.- Cañada Soriana Occidental.

87% de los yacimientos estarían interconectados visualmente, formando grupos de entre 2 y 6 yacimientos situados dentro de la misma unidad y separados por distancias menores a 8 km, participando, por tanto, de un medio geográfico similar (San Miguel, 1993, 27 y 29). Esta característica también se ha comprobado en los poblados de la zona noroeste de la provincia de Segovia, en el ámbito de El Soto, mientras que no se documenta en el resto de la provincia, dentro del área celtibérica; lo que según el autor del análisis demostraría una concentración diferencial de la población más acusada en el noroeste segoviano (Gallego Revilla, 2000, 230-231, Fig. 116 y 117).

La ubicación de los yacimientos principales en emplazamientos estratégicos nos da información sobre las posibles vías de comunicación, a pesar de que su recreación en época prehistórica es muy complicada (Ruiz-Gálvez, 1998, 96). En general se piensa que la ubicación de los yacimientos en determinados lugares obedecía al deseo de control de las vías naturales de comunicación que suponían los cauces fluviales, como ocurre por ejemplo en los poblados celtibé-

ricos (Jimeno y Arlegui, 1995, 104; Lorrio, 1997, 66; Barrio, 1999a, 166; Arenas, 1999a, 207) y en el interfluvio Alto Jalón-Mesa (Martínez Naranjo, 1997, 169). Pero sobre la existencia de estas vías apenas se conocen algunas menciones en las fuentes latinas para época tardía (Lorrio, 1997, 310). Lo que sí parece claro es la estrecha relación entre yacimientos y vías pecuarias, como por ejemplo en los yacimientos de Segovia (Barrio, 1999a, 63), en los poblados de El Soto de la provincia de Valladolid (San Miguel, 1993, 26; Sierra y San Miguel, 1995, 396-398) y en el Tajo Medio, donde el 60% de los yacimientos se localizan junto a estas vías (Muñoz López, 1999, 230 y nota 4).

Para la identificación de las vías hemos seguido la propuesta de Burillo que valora la importancia del medio físico por la existencia de pasos y barreras naturales, la propia distribución de yacimientos y la perduración de caminos posteriores (Burillo, 1980, 267). Así, la primera vía, constatada desde la Edad del Bronce, sería el camino natural de los ríos Riaza y Aguijesejo (vía 1, Fig. 6), que comunica el Valle del Duero, cerca

de Roa, con el piedemonte de la Sierra, con yacimientos como Ayllón o, algo más alejado, *Termes* (Sacristán *et alii*, 1995, 365; Barrio, 1999a, 51 y 61-63; Fig. 6 y 8).

Junto a esta vía natural existiría otra que enlazaría los núcleos al noreste de Montejo (Castillejo de Robledo, La Vid, *Segontia Lanka* en Soria y, más alejado, *Clunia* en Burgos), el castro de La Antipared I y su núcleo de poblamiento, con los del sur (Los Quemados I de Carabias de Pradales y Sepúlveda en Segovia) (Jimeno y Arlegui, 1995, Fig. 1B; Lorrio, 1997, 41; Burillo, 1998, 187-190 y 203; Fig. 57; Barrio, 1999a, Fig. 8; Heras, 2000, 212-213, 217 y 224). Este camino probablemente coincidiría con la posterior vía romana que unía *Clunia* con *Segovia* (vía 2, Fig. 6) y de la que quedan restos de los tajamares de un puente romano a unos 5 km río arriba del castro de La Antipared I, así como restos romanos a lo largo de esta vía; este camino conectaría con el de *Rauda-Segovia* probablemente a través de los términos municipales de Milagros, Hontangas y Adrada de Haza, todos ellos en la provincia de Burgos (Abásolo, 1975, *vid. plano*; *Idem*, 1978, 47-48 y 50-51; Conte y Fernández, 1993, 144, Fig. 45; Barrio, 1999a, 61-62; Fernández Esteban *et alii*, 2000, 182-183). Posteriormente por este camino discurriría alguno de los ramales conocidos de la Cañada Real Segoviana (vía 4, Fig. 6), que al norte de Carabias de Pradales se dividiría en varias vías (Descripción... 1856, 3) y que pondría en relación este camino con la Cañada Real Soriana Occidental, en especial con la zona de Maderuelo y de Valdanzo (Cañada... 1856, 49).

Por lo que respecta a El Cerro del Castillo, además de la vía del Aguijoso-Riaza, que ya hemos comentado, el asentamiento se encontraría en el camino del piedemonte de la sierra, que como en otro trabajo apuntábamos también podría haberse utilizado desde la Edad del Bronce (López Ambite, 2003, 140-142.) y que conectaría Ayllón a través de La Pedriza de Ligos con *Termes* y los núcleos del Alto Duero y, por un lado, con el resto de núcleos de la provincia de Segovia, como Sepúlveda y la propia Segovia. Este camino en esta parte del valle del Aguijoso sería más o menos paralelo a la Cañada Soriana Occidental, que en época medieval se alejó unos kilómetros de la villa de Ayllón, quizá para aprovechar baldíos y pastizales de la zona de Mazagatos, así como un posible vado ocupado actualmente por un puente (vía 5, Fig. 6).

En relación con la anterior vía del piedemonte, las únicas evidencias al respecto serían de época posterior a la que aquí estamos tratan-

do, en la línea de lo comentado por Burillo (1980, 267). En primer lugar estaría la propia calzada romana entre *Termes* y *Segovia*, cuyo recorrido se puede reconstruir a partir de la propia dirección de la calzada romana a la salida de *Termes* (Gutiérrez Dohijo, 1993, 11 y 27) que salva el valle del arroyo de Montejo, lo que implica que transcurra por su orilla izquierda, en el interfluvio entre este arroyo y el río Pedro (no creemos que salve también este valle, porque su orilla izquierda presenta un relieve mucho más abrupto), una zona cuya cumbre es apta para el tránsito de ganados y personas; a partir de aquí continuaría hasta Estebanvela y Saldaña de Ayllón, donde se han encontrado una serie de yacimientos romanos que avalaría la existencia de este recorrido al menos para estos términos; también la existencia de un puente moderno en Estebanvela podría indicar la presencia de un vado en el río Aguijoso. Otra evidencia, aunque todavía más reciente en el tiempo, es la existencia de una cañada medieval; en este caso se trata de la Cañada Real Soriana Occidental, que en esta parte se denomina Cañada de la Vera de la Sierra y cuyo tránsito no ofrece grandes dificultades (Descripción... 1856, 4; Cañada... 1856, 46-50; Barrio, 1999a, 54-55). Por último y según algunos autores, en ocasiones existe una clara coincidencia entre los caminos prehistóricos y las cañadas medievales, como parece ocurrir, en el centro de la Cuenca del Duero durante la Segunda Edad del Hierro (Sierra y San Miguel, 1995, 396-398), algo que se puede dar en nuestra zona de trabajo en cuanto a las vías 3 y 4, pero que no queda tan claro para la nº 5 o Cañada Soriana Occidental (Fig. 6).

Además de estas evidencias posteriores, las únicas pruebas que podemos aportar sobre la existencia de este camino del piedemonte serrano, serían la presencia de una serie de yacimientos del la Edad del Hierro a lo largo de este hipotético camino, como los yacimientos de El Cerro del Castillo de Ayllón (nº 5), el problemático de Santa María de Riaza, Cerezo de Arriba, Riofrío de Riaza, quizá Pedraza (hasta ahora sólo se ha constatado una cronología del Primer Hierro) y el impreciso de Cerezo de Arriba (Molinero, 1971: Lám. CXXXV, Fig. 2 y Lám. CXXXV, Fig. 1; Barrio, 1999a: 73 y ss.), ambos coincidentes con las proximidades del paso de Somosierra, o el más alejado castro de Torreval de San Pedro, según el Inventario Arqueológico Provincial, todos ellos en la provincia de Segovia.

Para terminar, faltaría por poder determinar si hubo un camino entre Ayllón y el núcleo de poblamiento de Sepúlveda; hasta ahora se ha-

bía destacado que con los materiales conocidos de esta localidad, las evidencias cronológicas no deberían ir más allá del siglo IV a.C. (Barrio, 1999a: 78), aunque la existencia de una serie de yacimientos de la Primera Edad del Hierro en su entorno, algunos de ellos con fuerte carácter defensivo, podría indicar una hipotética ocupación de la Primera Edad del Hierro de Sepúlveda. Posteriormente se ha confirmado una etapa de la Primera Edad del Hierro para esta localidad (Municio, 1999: 292). De momento no existen evidencias de este posible camino confirmado a partir de yacimientos, ya que el asentamiento de Barbolla, aparte de problemático, parece que sería de la Segunda Edad del Hierro (Barrio, 1999a: 93-94).

En cuanto a la distancia entre los yacimientos y las diferentes vías de comunicación descritas, la media es de 536 m, siendo menor a la misma las distancias medias en el núcleo de Montejo, con 168 m y mucho mayor en las de Ayllón, con 859 m; tan sólo tres se encuentran a más de 500 m: El Alto de la Semilla I (nº 31), Peñarrosa (nº 40) y la necrópolis de La Dehesa (nº 7), todos ellos en el núcleo de Ayllón. En todo caso, son distancias que demuestran la importancia de localizarse los asentamientos junto a estos caminos y el ejercer un control sobre el tránsito de todo tipo que discurriría por ellas.

En el caso de los poblados de El Soto de la región central de la cuenca del Duero, la mayor parte de los asentamientos tienen cañadas dentro de sus territorios de captación y el mayor porcentaje de las mismas se concentra en el primer kilómetro, disminuyendo progresivamente desde el segundo en adelante y siendo irrelevantes en el quinto. En cuanto a la distancia respecto a las mismas, la media es de un 0,76 km (San Miguel, 1993, 46; Sierra y San Miguel, 1995, 396-398), por lo que a tenor de los datos anteriormente expuestos sobre la zona nordeste de Segovia, con una media de 506 m, la distancia de estos yacimientos sería mucho menor que la de los soteños.

La distancia con respecto al agua debió ser otra de las variables importantes a la hora de ubicar los poblados durante la Edad del Hierro (Lorrio, 1997, 64). En general, salvo un asentamiento (Cuesta Chica -nº 50-; se encuentra más cerca de un arroyo que hoy va la mayor parte del año seco), todos los demás aparecen a una distancia con respecto a cursos de agua menor a 1.000 m. En cuanto a la distancia media ésta es de unos 406 m, siendo inferior la de los poblados del núcleo de Montejo, con 364 m, y superior la de los de Ayllón, con 443 m. Estas distancias se

refieren a ríos, manantiales o arroyos con agua casi todo el año en la actualidad.

Sin embargo, los estudios sobre el clima durante la primera Edad del Hierro parecen constatar un clima similar al actual o algo más frío en el siglo VI y primera mitad del V a.C., pero con mayor cobertura vegetal, salvo en los entornos de los yacimientos, un mayor caudal de los ríos y mayores alturas en los niveles de agua, lo que implicaría un mayor afloramiento del mismo a base de lagunas, bodones...; es decir un paisaje diferente al actual a pesar de que no haya habido cambios importantes con respecto al clima actual, fundamentalmente debido a una mayor presión antrópica (Delibes *et alii*, 1995c, 564-565; Romero y Ramírez, 1999, 455-456 y 461; Ibáñez, 1999, 26-28). Esta mayor cantidad de humedad permitiría la existencia de más manantiales que en la actualidad, lugares de abastecimientos más apropiados que los alejados cauces, como ocurre en otros yacimientos segovianos (Blanco, 1999, 83-85).

Los datos aportados por los yacimientos segovianos presentan una distancia similares a los de otros en comarcas cercanas; así, son similares a los que se registran en el Alto Tajo-Alto Jalón (Cerdeño *et alii*, 1995, 165); o en los castros sorianos, donde el acceso al agua no debió ser demasiado complicado para sus pobladores (Romero, 1991, 197); aunque son superiores a los de la comarca de Molina que presentan una media de 244 m (Arenas, 1999a, 199). Por el contrario, en los poblados de El Soto de la provincia de Valladolid hay una preferencia por asentarse más que junto a cursos de agua, en zonas húmedas (San Miguel, 1993, 26), mientras que en la comarca de La Nava no aparecen necesariamente junto al agua (Rojo, 1987, 415).

2.5. El análisis de captación del territorio

Durante este periodo, el **núcleo de Montejo**, con seis yacimientos⁹, presenta una media de superficie potencialmente agrícola en un radio de 1 km de un 25%, oscilando entre un 52 y un 5%, lo que supone la existencia de contrastes muy acusados y posiblemente una cierta especialización económica de los poblados. Entre los que tendrían un porcentaje bajo estaría el propio castro de La Antipared I (nº 41), probablemente porque su ubicación en un lugar tan escarpado tuviera

9. No se ha contabilizado en este caso La Antipared II (nº 42) por tratarse de una necrópolis.

	Radio Km.	Cereal	Monte	Pasto	Improduc-tivo	Porcentaje no contabilizado
La Antipared I (nº 41)	1	6	84	2	8	25% de prov. Burgos
	5	34	61	3	2	
La Antipared II (nº 42)	1	6	84	2	8	25% de prov. Burgos
	5	34	61	3	2	
Las Torres (nº 47)	1	5	59	21	15	33% de prov. Burgos
	5	38	56	4	3	
Valdepardebueyes (nº 43)	1	18	75	2	5	30% de prov. Burgos
	5	31	63	3	3	
Fruto Benito (nº 49)	1	41	47	5	7	53% de prov. Burgos 36% de prov. Burgos
	5	37	54	5	4	
Cuesta Chica (nº 50)	1	52	41	2	4	4% de prov. Burgos 45% de prov. Burgos
	5	37	55	4	3	
Las Hoces (nº 53)	1	25	63	-	11	16% de prov. Burgos
	5	41	53	3	4	
Media de núcleo de Montejo	1	25	62	5	8	
	5	36	57	4	3	
Alto de la Semilla I (nº 31)	1	100	-	-	-	
	5	73	5	18	3	
La Cañada (nº 39)	1	57	15	27	-	2% de prov. Soria
	5	72	15	13	-	
Peñarrosa (nº 40)	1	56	43	1	-	12% de prov. Soria
	5	70	17	11	3	
Los Cerrillos (nº 24)	1	96	-	4	-	28% de prov. Soria
	5	78	15	6	1	
El Cuervo (nº 18)	1	71	29	-	-	12% de prov. Soria
	5	70	17	11	3	
Prado Barrio (nº 59)	1	27	73	-	-	29% de prov. Soria
	5	59	35	6	-	
El Cerro del Castillo (nº 5)	1	88	7	5	-	10% de prov. Soria
	5	76	17	7	-	
La Dehesa (nº 7)	1	88	6	6	-	13% de prov. Soria
	5	80	13	7	-	
Media del núcleo de Maderuelo y Ayllón	1	71	24	5	-	
	5	71	17	10	1	
Media de total del Celtibérico Antiguo	1	50	41	5	4	
	5	55	36	7	2	

Figura 7: Análisis de captación de recursos de los yacimientos del Celtibérico Antiguo.

como objetivo el controlar la vega del Riaza y el aprovechamiento de los pastos de la paramera, con la que está unido topográficamente y, por tanto, con una accesibilidad mayor que con la vega del río (Fig. 7).

Esta baja superficie agrícola supone, por otro lado, la existencia de un alto porcentaje de monte, con un 63%, oscilando entre 84 y 41%. Por el contrario, la superficie de pastos es muy baja, sólo del 5%, oscilando entre 21 y 0%; esta casi ausencia, a pesar de la cercanía de la vega del Riaza, de nuevo nos está indicando la reduc-

ción que este tipo de superficies en los últimos 40 años, ya que unos ríos con mayor caudal y mayores alturas en los niveles de agua (Delibes *et alii*, 1995c, 564-565) en un terreno tan encajonado como el de la vega del Riaza determinarían la existencia de amplias zonas de inundación o encharcamiento, poco apropiadas para las labores agrícolas.

Si ampliamos el radio de acción hasta los 5 km, el porcentaje de cereal aumenta algo más, hasta un 36% (oscila entre 41 y 31%), pero sigue siendo bajo, sobre todo si lo comparamos con el

grupo de Ayllón, como veremos a continuación. Por el contrario, la superficie de monte descende ligeramente hasta el 57 % (oscila entre 63 y 53%); los pastizales bajan algo hasta alcanzar el 4%, pero sigue sin ser una superficie importante, como ya hemos comentado anteriormente (Fig. 7).

En definitiva, nos encontramos ante un núcleo que se asienta en un terreno con unas condiciones más proclives a una ganadería de tipo extensivo, que a las propias de un ambiente agrícola o de ganadería intensiva, ya que no se aprecian importantes pastizales, al menos hoy en día, excepto en el entorno de Las Torres; además, si comparamos los datos de los yacimientos con las referencias a los tipos de cultivos del municipio de Montejo en el año 1999, comprobamos que el porcentaje de terreno agrícola de este municipio es de un 41 %, es decir, algo mayor que la media de los yacimientos del Celtibérico Antiguo, lo que nos indica que podría haber una cierta preferencia por los terrenos más ganaderos que por los agrícolas en este núcleo.

Durante el Celtibérico Antiguo encontramos 7 yacimientos en la **zona de Maderuelo y Ayllón**, sin contar con la necrópolis de La Dehesa de Ayllón (nº 7). Si observamos en primer lugar la superficie en un radio de 1 km, que posiblemente sea la determinante para la ubicación de los yacimientos pequeños, comprobamos una diferencia notable con respecto de Montejo de la Vega y que ya se apreciaba durante el periodo Protoceltibérico. Así, vemos que la media de la superficie aprovechable para la agricultura es de un 71%, oscilando los casos entre 100 y el 27% (este porcentaje se refiere a Prado Barrio –nº 59–, ya en la cuenca alta del Aguijoso, en un ambiente casi serrano y más apropiado para actividades ganaderas o incluso mineras que para agrícolas y que parece una excepción); el porcentaje de monte es de un 24%, oscilando entre el 73% del excepcional Prado Barrio y el 0% en Alto de la Semilla I (nº 31) y Los Cerrillos (nº 24), mientras que el de prado descende hasta el 5%, oscilando entre 27 y 0% (tres yacimientos no tienen un porcentaje apreciable; *vid.* Fig. 7).

Si pasamos a comprobar la superficie en torno a los 5 km, que para el caso de los yacimientos grandes podría ser más significativo que en el caso de los yacimientos pequeños, la superficie potencialmente agrícola es muy similar, de un 71%, oscilando entre 76 y 59%; la de monte es algo más baja, de un 17% (entre 35 y 5%); y la que sube algo más es la de prado, con un 10% (entre 18 y 6%).

El predominio del aprovechamiento ganadero en el **núcleo de Montejo de la Vega** es una

referencia constante en buena parte de la Meseta, donde se considera que uno de los elementos característicos de estas sociedades sería la extensión de una ganadería ovina de tipo trashumante, que pretendería evitar la aridez estival de las llanuras de la Meseta y la dureza invernal de las sierras; esta necesidad de pastos alejados unido a un crecimiento demográfico desde las primeras etapas, implicaría una creciente inestabilidad y una serie de tensiones entre grupos por dominar los pastos de verano (Almagro-Gorbea, 1994, 21; *Idem*, 1999b, 36-37).

Así, se considera que la ganadería sería una de las actividades económicas predominantes en la vecina provincia de Soria durante la Primera Edad del Hierro y, en general, en los poblados celtibéricos; en esta provincia la media de la superficie susceptible de este aprovechamiento en todos los poblados es de un 70% (Jimeno y Arlegui, 1995, 103; Lorrio, 1997, 297-298), es decir, mayor incluso que la de los yacimientos de la zona de Montejo de la Vega. Ahora bien, este dato de los yacimientos sorianos está enmascarando realidades muy diversas, como es la existencia, en primer lugar, de los castros de la serranía norte, con una clara vocación ganadera (Romero, 1991, 302 y ss.; Bachiller, 1992, 16; Romero y Jimeno, 1993, 205); y en segundo lugar, los poblados celtibéricos, en los que a pesar de que para la Primera Edad del Hierro se viene insistiendo en su dedicación ganadera, no es menos cierto que también se señala que su ubicación parece más acorde con la explotación de las campiñas de cereales (Jimeno y Arlegui, 1995, 108), en las que parece que desde el Celtibérico Antiguo se utilizaría el arado, la rotación de cultivos, así como nuevos cultígenos (Jimeno y Martínez Naranjo, 1999, 184). Además, el entorno agrícola en el que se asientan muchos de los yacimientos permite identificarlos con esta actividad económica (Pascual, 1991, 262), aunque los de la Tierra de Almazán debieron tener una vocación más ganadera (Revilla y Jimeno, 1986-87, 101), como señalan también los estudios faunísticos de Fuensaúco (Romero y Jimeno, 1993: 208; Romero y Misiego, 1995a: 72).

En relación con la dedicación económica de esta región y de otras que luego veremos, hay que destacar que las condiciones climáticas imperantes en el siglo VII a.C. y sobre todo en los siglos VI y primera mitad del V a.C. supondrían un paulatino calentamiento climático, pero con unas temperaturas más bajas que las actuales. Parece que estos cambios se dejaron sentir algo más en las cotas altas que delimitan el valle medio del Ebro y del Alto Duero (Ibáñez, 1999: 26-28).

Estos cambios pudieron tener en las actividades económicas una importante incidencia, con todas las salvedades que su autor hace, como la de mejorar los rendimientos de los cultivos de cereal sobre todo en las más zonas frescas o de mayor altitud, como la comarca aquí objeto de estudio (Ibáñez, 1999: 42-44 y 46). Estos cambios climáticos, por tanto, podrían suponer en líneas generales una potenciación de la agricultura frente a la ganadería, en la línea de lo que hemos apuntado anteriormente sobre la localización de muchos asentamientos celtibéricos.

Siguiendo con los paralelos referidos a las actividades ganaderas, también se ha destacado esta importancia pecuaria en los yacimientos del Alto Duero y Alto Jalón, con una ganadería basada en los bóvidos, ovicápridos y suidos (Jimeno y Martínez Naranjo, 1999: 184); en el sudoeste de Soria (Heras, 2000: 216); en el Alto Tajo-Alto Jalón, como por ejemplo en La Coronilla, Guadalajara, donde se han documentado ganadería de ovicápridos adultos para utilizar su leche y lana más que su carne, sin olvidar el complemento agrícola que tuvo que tener (Cerdeño *et alii*, 1995: 166); en el Alto Jalón-Mesa como por ejemplo en el Turmielo, donde se eligen como lugares de asentamiento los páramos, con un claro predominio del paisaje de matorral y con apenas terreno agrícola, lo que implicaría una mayor dedicación ganadera (Cerdeño *et alii*, 1995: 166; Martínez Naranjo, 1997: 169); o en la zona de Molina, donde se ha registrado un menor interés por ocupar los terrenos más apropiados para la agricultura que los ganaderos, aunque también se constata la existencia de cereal almacenado en los poblados (Arenas, 1999a: 220), algo que hemos comprobado en el núcleo de La Antipared, con un porcentaje de superficie agraria inferior a la del propio municipio de Montejo, lo que indicaría una preferencia más ganadera de sus pobladores que las propias que ofrece el entorno.

En general, los datos conocidos y resumidos por Lorrio presentan una cabaña variada, en la que destacan los ovicápridos, seguidos a continuación por los bóvidos, suidos y équidos (Lorrio, 1997: 297-298, Fig. 119). Sin embargo, si atendemos al peso, sería el ganado vacuno el primer proveedor de carne en la mayoría de los poblados, seguido de los ovicápridos, que serían una fuente de aprovisionamiento secundario y, en un lugar menos importante, los suidos. Parece ser que el vacuno tendría unas condiciones muy favorables en general en el norte de la Meseta y en especial en la cuenca del Duero frente a los yacimientos del este y centro de la Penín-

sula (Lorrio, 1997: 298; Liesau y Blasco, 1999, 140-143, Fig. 6 y 7; Blasco Sancho, 1999, 154, Fig. 1).

Por el contrario, los datos que ofrece el **núcleo de Ayllón** se alejan de los del núcleo de Montejo, que en principio presentaría un predominio ganadero, mientras que Ayllón tendría un potencial agrícola mayor, como ha quedado atestiguado en las excavaciones del propio yacimiento, donde se encontraron restos considerables de trigo, molinos barquiformes y lo que se han descrito como dientes de hoz en los estratos Ic e Id (Zamora, 1993, 50; Barrio, 1999a, 195) y que sólo sirven para constatar su existencia.

Si tuviéramos que señalar un modelo más parecido para el núcleo de Ayllón, habría que descender a las campiñas del centro de la Cuenca del Duero, cuyas fértiles tierras de aluvión se han asociado a la agricultura de gramíneas, como se ha constado en vasijas de provisiones o graneros, así como los molinos barquiformes, los hornos domésticos, como en El Soto de Medinilla, o las hoces metálicas. Lo que no se sabe es si eran agricultores especializados o no, o si utilizaban agricultura extensiva o no (Sacristán, 1986a, 53; Romero y Jimeno, 1993, 197; Delibes *et alii* 1995a, 73-75). Fuera del ámbito de la Meseta, también tendríamos los análisis en el valle del Huecha, Zaragoza, donde se detecta una preferencia por la localización de los yacimientos en las zonas baja y media del valle, es decir, donde mayor es la superficie de terreno útil para la agricultura, siendo infrecuente, por el contrario, la ubicación en el tramo superior del mismo, más adaptado para la explotación ganadera (Aguilera, 1995, 218). También en el valle medio del Ebro, en especial el su afluente, el Jiloca, los yacimientos se encuentran junto a los terrenos de mayor aprovechamiento agrario desde la Primera Edad del Hierro (Burillo *et alii* 1995, 251).

De todas formas, no habría que buscar paralelos fuera de la Celtiberia, porque estudios recientes nos permiten conocer cómo desde el Celtibérico Antiguo la agricultura tuvo que ser la actividad fundamental, también en la región celtibérica, con utilización de diferentes tipos de cereal de los que se pueden intuir los posibles rendimientos a partir de los datos de la agricultura tradicional del siglo XIX (Cubero, 1999, 56-58). Además, durante este periodo, como ya hemos comentado, el calentamiento del clima propiciaría un mayor rendimiento de los cultivos de cereal, en especial en las regiones de mayor altitud, como hemos visto que ocurre en toda la zona de prospección, pero especialmente en la comarca de Ayllón.

Pero volviendo a los paralelos del centro de la cuenca del Duero, esta actividad agraria se completaría con la ganadería, como lo atestiguan los numerosos restos óseos hallados en las excavaciones, por ejemplo en Roa (Sacristán, 1986a, 68-69). En general se aprecia, al igual que ocurría en el Alto Duero, una preponderancia de la ganadería sobre la caza (Romero y Ramírez, 1999, 457). Se trataría de un cabaña sobre todo de ovicápridos y bóvidos (Delibes *et alii*, 1995a, 75), aunque si se contabiliza el peso, la cabaña bovina de nuevo sería más importante, entre el 60 y el 40%, mientras que los ovicápridos estarían entre el 32 y el 12% y el porcino entre 6 y 5%, salvo en Roa con un 17%; el caballo cobra importancia en algunos yacimientos como El Soto, Roa o Montealegre, con más de un 19% de biomasa (Romero y Ramírez, 1999, 458-459). De estos datos se deduce que la agricultura no fue la única actividad económica de las gentes de El Soto, de ahí que se prefiera hablar de una economía mixta agroganadera (Delibes *et alii*, 1995a, 75-77; *Idem*, 1995c, 564 y ss.; Romero y Ramírez, 1999, 458-459).

Otro complemento importante de la economía del núcleo de Ayllón, que lo relacionaría más con la zona del Alto Tajo-Alto Jalón, como hemos visto anteriormente, es su posible actividad minera. Como se ha destacado, el poblado de El Cerro del Castillo se encuentra a tan sólo 10 km de mineralizaciones de hierro en la cabecera del río Aguijoso y Rianza (Barrio, 1999b, 185-187), en una zona de importantes recursos minerales, aparte del hierro, como es el Sistema Central (Lorrio *et alii*, 1999, 161-162). Estos afloramientos de metal no tuvieron que ser muy importantes, ni hay que verlos con los criterios de productividad actuales, como se ha destacado para el Alto Mesa, y parece ser que se explotaron al aire libre (Lorrio *et alii*, 1999, 169; Martínez Naranjo y Arenas, 1999, 203-204), lo que bien pudo ocurrir también en la zona de Ayllón.

En definitiva, estaríamos ante dos modelos de explotación económica que se adaptaría a los diferentes ecosistemas de la zona, con un predominio ganadero en el caso de La Antipared I y su núcleo, mientras que habría un mayor peso de la actividades agrarias en el caso de Ayllón; desde luego esto no implica una superespecialización en ambos sectores económicos y como los propios paralelos aducidos señalan estaríamos ante economías mixtas, que en ningún caso pretenden desaprovechar ninguna posible fuente de supervivencia, máxime por tratarse de economías que viven al borde de la subsistencia. Esta economía mixta podría atenuar las variaciones

y fluctuaciones propias de una producción básicamente sujeta a la incertidumbre, de ahí la importancia de que no haya especialización, sino, todo lo contrario, diversificación al máximo de las prácticas productivas, para así asegurarse la autosuficiencia y, por tanto, la autonomía del grupo; también habría que criticar el que las estrategias productivas de estas comunidades tuvieron un carácter específicamente económico, y que estas estrategias estuviese determinadas por el cálculo de costes/beneficios, como si de una sociedad capitalista se tratara (Ortega, 1999, 419-420).

Así, una mayor dedicación ganadera en el núcleo de La Antipared o agrícola en el de Ayllón no significa una especialización total en estas actividades, pero sí la existencia de unos excedentes que posibilitarían los intercambios a corta distancia entre los mismos (recordemos que las distancias entre los dos yacimientos son de unos 28 km, lo que equivale a una jornada de trashumancia algo larga) o entre poblados vacceos y celtíberos vecinos (también en torno a los 20 ó 30 km), como hemos mencionado anteriormente.

3. EL ESTUDIO DEL POBLAMIENTO: LA JERARQUIZACIÓN Y CONCENTRACIÓN DEL HÁBITAT

Una vez descritas las características del poblamiento de la comarca del Rianza Medio, Aguijoso y Serrezuela Oriental, pasaremos a intentar explicar la evolución del mismo a lo largo del periodo Celtibérico Antiguo, teniendo en cuenta los paralelos que hemos encontrado en otras regiones de la Meseta Norte, el Sistema Ibérico y el valle del Ebro. El primer problema al que nos enfrentamos es el de presentar la dispersión de los yacimientos como si de una foto fija se tratara, cuando es evidente que los distintos mapas que aportamos serían la consecuencia de un proceso de gran complejidad y que no siempre es fácilmente comprensible. Además, a este problema se añade la complicación que supone el estudio del poblamiento a partir de una serie de yacimientos con materiales que no tienen una secuencia muy clara, al menos en la zona de prospección, lo cual nos pudo inducir a explicar resultados más que procesos.

Así, si observamos este mapa de la distribución de los yacimientos (Fig. 1), veremos unos asentamientos con únicamente cerámica a mano, que en general coinciden con pequeños poblados, bien en alto, bien en llano, y otros que presentan cerámicas a mano e importaciones a torno, los tres en alto. Los primeros podrían ads-

cribirse a la primera fase del Celtibérico Antiguo y los otros a la segunda fase, aunque posiblemente se podría pensar que estuvieron ya habitados desde la fase anterior. Sin embargo, como veremos, la situación es algo más compleja que lo expuesto hasta ahora. En otras regiones cercanas a la nuestra, como la del Alto Jalón-Mesa, que igualmente se pueden englobar en la Celtiberia de la Primera Edad del Hierro, se ha señalado una posible fase de transición entre los poblados en llano y sin preocupaciones defensivas de la etapa Protoceltibérica, y los poblados en alto, con elementos defensivos, viviendas de planta rectangular... ya propios del Celtibérico Antiguo A. Esta fase intermedia se caracterizaría por una serie de asentamientos con superficies mayores a la hectárea sobre lomas no muy elevadas, pero ya con una cierta preocupación defensiva, en algún caso con murallas, todavía con arquitecturas endebles, en la que ya se aprecia algún que otro yacimiento de tipo castro amurallado, sobre cerros aislados y con una superficie menor (Martínez Naranjo, 1997, 169, Tabla I; Arenas, 1999b, 198). Para algunos autores se trataría de una fase en parte asimilable al horizonte Riosalido, y que debería considerarse como la verdadera fase Protoceltibérica, más que la anterior del Bronce Final, con una cronología aproximada del siglo VII a.C. y que se ha podido concretar claramente en el yacimiento de El Turmielo II (Arenas, 1999a, 178).

Creemos que esta etapa de transición sería la mejor representada en la zona de prospección por los pequeños yacimientos, donde, como ya hemos comentado, predominan los yacimientos de superficies menores a una hectárea (excepto tres), bien en alto (borde de páramo y cerro: siete), bien en llano (sobre todo en loma: cinco), en los que no se han documentado murallas, salvo quizá en Peñarrosa (nº 40), que como hemos indicado, es el que mejor se asemeja al tipo de castro del Celtibérico Antiguo A.

Esta dualidad en el asentamiento, aparte de consideraciones sobre la diacronía o sincronía de los mismos, que con los exiguos materiales no podemos determinar, podrían estar indicando desde una etapa muy antigua, es decir, en la transición entre la etapa Protoceltibérica y el Celtibérico Antiguo, una incipiente especialización en la explotación de los recursos del valle, que bien pudiera suponer ya una cierta jerarquización del hábitat o al menos estar en este camino. Por el contrario, esta *parcelación funcional del hábitat*, como se ha constatado en la comarca de Molina de Aragón, se define en esta región como de complementariedad entre los diferentes

poblados, más que de jerarquización, al menos para esta etapa antigua (Arenas, 1999a, 217-219).

Un problema también de difícil resolución sería el considerar si los poblados plenamente atestiguados durante el Celtibérico Antiguo B, es decir, ya con las cerámicas torneadas de importación, pudieran haber comenzado su andadura en esta etapa tan temprana. A favor de su temprana constatación podríamos aducir cómo en otras regiones en las que los estudios han permitido conocer detalladamente el proceso de poblamiento desde la etapa Protoceltibérica, fundamentalmente el Alto Tajo-Alto Jalón, sí que presentan una continuidad del hábitat desde estas etapas iniciales (Martínez Naranjo, 1997, 173-174, Tabla III; Arenas, 1999a, 170, Fig. 118; Jimeno y Martínez Naranjo, 1999, 177).

En el caso del poblado de El Cerro del Castillo, la documentación de cerámica a mano decorada con pintura (Zamora, 1993, Fig. 11,252) podría indicar esta continuidad, aunque como evidencia de esta mayor antigüedad parece muy exigua; por el contrario, no podemos observar ni siquiera evidencias tan débiles en el caso de La Antipared I y de La Torres. En este último yacimiento, incluso, el que el mayor porcentaje de cerámicas recogidas por Barrio pertenezca a las cerámicas torneadas de importación (Barrio, 1999a, 145), aparte de problemas de selección, podría estar indicando una menor antigüedad y el que se pueda adscribir sólo al Celtibérico Antiguo B. Respecto a La Antipared I, este mismo autor señala que un cuarto de la cerámica sería a torno, lo que por tanto podría suponer también una mayor modernidad (Barrio, 1999a, 148-159); sin embargo, esta proporción no fue observada durante el trabajo de prospección, siendo abrumadoramente mayoritaria la cerámica a mano en este yacimiento.

Además, hemos comentado ya que quizá el elevado número de yacimientos en alto en la zona de Montejo en un tramo corto del valle del Ríaza, podría estar indicando una diacronía de los mismos. Así, habría que descartar Las Torres por las razones ya aducidas y también La Antipared I, por falta de otras evidencias y porque se encuentra junto a Valdepardebueyes (nº 43), a unos 200 m y sólo separado por un barranco del mismo nombre que el asentamiento; este mismo yacimiento ya se encuentra en una posición estratégica, aunque no hay evidencias de que pudiera estar amurallado. Por tanto, si eliminamos La Antipared I y Valdepardebueyes, de la fase de transición, sólo nos quedarían tres yacimientos en alto en el citado tramo de al menos 6 km entre

Protoceltibérico

Celtibérico Antiguo A: 1ª fase

Celtibérico Antiguo A: 2ª fase

Celtibérico Antiguo B

Celtibérico Pleno: 1ª fase

Celtibérico Tardío

Evolución del poblamiento durante la Edad del Hierro

Figura 8: Esquema de la evolución del poblamiento en la zona de prospección y en sus alrededores: A, Tírmes; B, Uxama; C, La Pedriza de Ligos; D, Solana de la Vega (Castillejo de Robledo); E, La Poza (Langa de Duero); F, Altillio de la Casa (Miño de San Esteban); G, Las Veletas (San Esteban de Gormaz); H, Llano la Poza Arenal II (Miño de San Esteban); I, Peña Cea (Olmillos); J, La Cordillera (Liceras); K, Peñalba (Hoz de Abajo); 5, Cerro del Castillo de Aylón y 41, La Antipared I.

los asentamientos más alejados y siguiendo el río, no en línea recta.

Por todo ello, creemos que en esta fase de transición entre el periodo Protoceltibérico y el Celtibérico Antiguo, que quizá habría que llevarlo al siglo VII a.C., según lo que se señala para el caso de Molina de Aragón, pertenecerían la mayor parte de los poblados que hemos denominado como secundarios, todavía lejos del modelo característico de castro, salvó quizá Peñarrosa y el posterior castro de El Cerro del Castillo de Ayllón; mientras que el castro de La Antipared I probablemente todavía en esta fase no hubiese iniciado su andadura, localizándose la población en el vecino asentamiento de Valdepardebueyes (Fig. 8).

Tras esta fase que creemos haber definido al menos desde el punto de vista hipotético, encontramos ya dos grandes núcleos, de más de 3 Ha, con necrópolis de incineración, en un caso con amurallamiento y que se caracteriza por la existencia de cerámicas de importación. Aparte de los dos castros, sólo aparece este tipo de cerámicas en el poblado de Las Torres, estratégicamente dependiente de La Antipared I y a escasa distancia del mismo, unos 750 m en línea recta.

El problema es explicar el proceso que iría desde la fase de transición con una serie de pequeños poblados que salvo quizá en Peñarrosa, no habían alcanzado la categoría de castro, hasta la consolidación, que no aparición, de los dos poblados principales de más de tres Ha. Este proceso tuvo que ocurrir a lo largo del Celtibérico Antiguo A, es decir, a lo largo del siglo VI a.C., porque casi ninguno de los poblados en altura desembocó en el modelo de castros, ni tampoco ninguno alcanzó la difusión de las cerámicas torneadas (Fig. 8).

Posiblemente, previa a la concentración de la población que parece clara en el Celtibérico Antiguo, que veremos a continuación, existiría una jerarquización entre un poblado que, por diversas razones, iría adquiriendo protagonismo y que jerarquizaría los pequeños poblados en alto o en llano de su entorno, con un control del territorio mucho mayor en el caso de Ayllón, entre 15 y 25 km de valle, que en el de Montejo, algo menos de 6 km, lo que posiblemente está prefigurando ya la importancia de ambos núcleos en época posterior, como más adelante explicaremos.

El que haya una jerarquización del hábitat durante el Celtibérico Antiguo es un hecho constatado en numerosas regiones y acercaría los núcleos de La Antipared y de Ayllón con los po-

blados celtibéricos de la provincia de Soria y de la zona oriental de Burgos (Sacristán, 1994, 144-145; Jimeno y Arlegui, 1995, 104; Lorrio, 1997, 67-68). En cuanto al estudio del poblamiento en la provincia de Segovia, hay cierta confusión y sólo se mantiene la existencia de jerarquización en el caso de los yacimientos más grandes con respecto a los más pequeños, siempre que se encuentren a distancias muy cortas (Barrio, 1999a, 169-171), aparte de que se engloban en un mismo saco los yacimientos de la Primera y Segunda Edad del Hierro.

Respecto al Alto Tajo-Alto Jalón, también parece clara la existencia ya desde el Celtibérico Antiguo A de un patrón de poblamiento estructurado, estable y jerarquizado, donde hay una intención de control del territorio, las vías de comunicación y la explotaciones de las materias primas, como parece ser que ocurre en El Turmielo; en este caso quizá en relación con el control minero, con una distancia con respecto al yacimiento jerarquizador, El Palomar, de 2,7 km (Arenas *et alii*, 1995, 181-182) y que no se había dado antes en el periodo Protoceltibérico; sin embargo, se defiende más que una situación de dependencia entre asentamientos, una complementariedad de los mismos (Arenas, 1999a, 219). También, en el interfluvio Alto Jalón-Mesa se aprecia un esquema en el que los poblados amurallados de menor tamaño están rodeados por una serie de grandes poblados sin amurallar (Martínez Naranjo, 1997, 178). Otra región donde apreciamos una clara jerarquización es en la Sierra de Albarracín, con dos grandes poblados, uno de ellos de la Primera y Segunda Edad del Hierro, de más de tres Ha y el otro sólo de la Segunda, que controlarían el resto de asentamientos de menos de una hectárea (Collado, 1995, 419 y 423).

También lo observamos en el valle del Huecha, Zaragoza, donde se documentan dos grandes yacimientos con más de tres hectáreas y otros que no llegan a la hectárea; además, los dos poblados grandes sólo se encuentran a una distancia de 3,8 km (Aguilera, 1995, 219), lo cual está en desacuerdo con lo registrado en nuestra área de prospección, pero no en la región comprendida entre el sudeste de Burgos y el este de Soria.

Por el contrario, esta característica jerarquización se alejaría de los poblados pertenecientes a la cultura castreña soriana, caracterizados por la homogeneidad del poblamiento, que se ha querido explicar con relación al tipo de sociedad compuesto por pequeñas comunidades parentales de carácter autónomo (Jimeno

Figura 9: Materiales de La Antipared I (MVS-1), Peñarrosa (Mzg-6), El Cerro del Castillo (AYLL-6) y Valdepardebueyes (MVS-4). AYLL-6-2, cerámica de Cogotas I.

y Arlegui, 1995, 103; Lorrio, 1997, 276). Una situación similar se postula para el área molinesa durante el Celtibérico Antiguo, donde a pesar de los ejemplos como los que hemos señalado anteriormente, se insiste en la existencia de pequeñas comunidades de carácter autónomo que podrían haber tenido un vínculo de tipo parental, de ahí que el patrón de poblamiento sea homo-

géneo; esta situación parece que comenzará a cambiar en relación con la crisis del Celtibérico Antiguo y las profundas transformaciones que generará la consolidación del mundo colonial (Arenas, 1999a, 249-251). Para Arenas, los ricos ajueros funerarios suponen una estratificación social, pero no necesariamente la existencia de elites guerreras dentro de un sistema fuertemen-

Figura 10: Materiales de Las Hoces (MVS-25): MVS-25 1 y 15 neolítico; y de La Antipared II (MVS-3): posible tumba.

te jerarquizado, como en las comarcas limítrofes, donde sí que se admite una situación análoga a la que estamos comentando; para ello aduce que es difícil aceptar esta existencia de una elite guerrera desarrollada a partir del control de recursos críticos como los agropecuarios o mineros, abundantes y uniformemente repartidos por la zona; además el comercio colonial no parece favorecer la concentración de riqueza en determinados segmentos de población; y por último, no se aprecian diferencias sociales en el hábitat (Arenas, 1999a, 239).

Creemos que existe una cierta contradicción entre esta homogeneidad y las situaciones que en esta misma zona se describen de dependencia, aunque posteriormente se insista en la complementariedad más que en la dependencia de la relaciones entre poblados grandes y pequeños y/o específicos (Arenas, 1999a, 219).

En relación con esta aparente homogeneidad de los castros de la Primera Edad del Hierro en general, y no sólo los de la serranía, se ha propuesto recientemente que sean considerados como unidades sociales básicas de producción, ampliamente difundidas por diversas regiones, sin muchas diferencias sociales tanto en el interior de los poblados como en relación con otros castros (Ortega, 1999, 422-424), aunque esta hipótesis no podría generalizarse a otra serie de castros, cuyos cementerios denotan una creciente jerarquización social (Lorrio, 1997, 144 y 314-315).

Para Ortega, lo característico de este poblamiento sería la difusión del castro como una unidad básica de producción, que se caracterizaría por la estabilidad, debido a su perduración en el tiempo y a su extensión en el espacio, por su homogeneidad, al presentar superficies menores de una hectárea y donde hay una ausencia de jerarquización, por lo que faltan asentamientos intermedios entre el castro y la ciudad. Este *techo* que no rebasan los castros se relaciona con la existencia de un factor social que impide la formación de comunidades campesinas dependientes unas de otras o el desarrollo de unas comunidades capaces de intervenir en la producción y en la toma de decisiones de otras comunidades campesinas. Esta *disciplina social* o *este bloqueo social* es para Ortega la clave del sistema de castros; la *disciplina de la igualdad* o la *coacción* de la misma es el recurso que el sistema social se impone para evitar la formación de diferencias sociales en el seno de la red de castros. La existencia de una autonomía productiva entre castros parece indicar que se trataría de un sistema en el que se impediría la formación de asentamientos

de rango intermedio entre el castro y la ciudad, capaces de desequilibrar la coherencia y homogeneidad del sistema a favor de unos pocos castros capaces de poner en peligro la autonomía del resto; tan sólo la ciudad será capaz de romper esto (Ortega, 1999, 422-424).

Esta idea del techo o límite, supone una superación de la tradicional visión en que el tamaño limitado, que podría corresponderse con una población de unos 100 habitantes, vendría determinado por la capacidad de sustentación de un territorio; el problema es que en otros asentamientos el territorio estaría infrautilizado y también se mantiene el mismo tamaño de poblados, de ahí que Ortega postule un factor corrector de la población diferente del de esta dependencia de la potencialidad agropecuaria. Será la muralla el elemento que materialice el techo demográfico para que el sistema no se vea alterado (Ortega, 1999, 426).

Sin embargo a lo largo de los siglos V hasta finales del III se asiste a un aumento demográfico, porque aumenta el número de castros; por tanto ante un aumento de la población la solución no parece que fuera la de ampliar el territorio, sino segmentar el grupo y reduplicar constantemente el sistema en zonas vacías, lo que ha denominado como segmentación espacial, algo que no implica dependencia política (Ortega, 1999, 433-436; *Idem*, 2005, 86-87). Ahora bien, este mecanismo de expansión del modelo de castros no explicaría tan bien la expansión del mismo por amplias regiones y desde una etapa muy temprana, como el Celtibérico Antiguo.

La aparición de la ciudad supone la negación del sistema de castros, porque la concentración de la población en la ciudad no tiene límites, de ahí la adición de barrios, nuevos circuitos amurallados, como el de Fosos de Bayona, Cuenca, con 45 Ha y tres recintos fortificados con fosos excavados en la roca (Mena, 1985, 31); y también supone la segregación espacial de diferentes barrios, como las acrópolis (Ortega, 1999, 441-442).

Otra zona donde se ha planteado igualmente esta falta de jerarquización en el hábitat, es la que parece que se registra entre los asentamientos de El Soto, según algunos autores (Sacristán, 1989, 83; *Idem*, 1995, 372), aunque quizá la fuerte concentración de la población a partir del siglo V o del IV a.C., por tanto, en un momento posterior al que aquí estamos tratando (San Miguel, 1993, 59; Sacristán *et alii*, 1995, 358; Delibes *et alii*, 1995a, 89; Sanz Mínguez, 1997, 505), esté indicando unas relaciones más estrechas entre diferentes yacimientos que no tienen por

qué ser igualitarias, máxime si tenemos en cuenta la disparidad de tamaños, con algunos poblados en el centro de la cuenca que superan las 10 Ha, y las concentraciones de pequeños grupos de yacimientos, como máximo 6, con intervisibilidad recíproca, la existencia de yacimientos con preocupaciones defensivas frente a otros que no las tienen, o la existencia de pequeños poblados en llano o ladera (San Miguel, 1993, 27 y 30).

Concluyendo en cuanto a los paralelos aportados, posiblemente esta disparidad de criterios referida a la jerarquización del hábitat estaría reflejando situaciones diversas a las que se enfrentaron los pueblos de la Meseta y que en nuestro caso, desembocaría en una fuerte concentración de la población desde las etapas más tempranas de la Edad del Hierro. Para algunos autores, la explicación de la presencia de pequeños hábitats y su dispersión en regiones como el Alto Tajo-Alto Jalón, la serranía soriana o la sierra de Albarracín, frente a otras como el Ebro o nuestra zona de trabajo en las que se aprecian yacimientos jerarquizadores de mayor tamaño, se debería a la existencia de vías de comunicación natural y la mayor potencialidad agrícola en estas últimas, que permitirían una mayor ventaja a los asentamientos en estas regiones que a los de las más pobres; esto permitiría el desarrollo de esquemas socioeconómicos más complejos que facilitarían la concentración de la población en grandes centros. También habría que tener en cuenta que a mayor altitud de los asentamientos estos tendrían menor tamaño, porque los grandes centros requería de buena accesibilidad al agua y a productos de consumo, mientras que los pequeños poblados presentarían una mayor especialización (Arenas, 1999a, 213).

En principio esta jerarquización del hábitat que hemos comprobado que existe en otras regiones, no tendría por qué conllevar a una situación de concentración de la población, como parece manifestarse en amplias zonas de la Meseta. Sin embargo, el que este fenómeno de sinecismo, que se ha atestiguado incluso en época tardía durante las guerras contra los romanos, sea un fenómeno general, como veremos a continuación, en diversas regiones, creemos que se debe posiblemente más que a la imposibilidad de que los grupos dirigentes de los poblados centralizadores pudieran controlar efectivamente a los poblados secundarios o controlarlos de una forma mucho más intensa, a que este proceso de concentración de la población, al ser un fenómeno general, llevaría a situaciones de competencia entre diferentes centros rectores. Esto determinaría como mejor solución a la dispersión

de la población, su incorporación dentro del recinto amurallado, para así impedir su captación por otro asentamiento vecino, pero también para incrementar la fuerza productiva del poblado aglutinador, lo que conllevaría un aumento de influencia política de cara a otros poblados que podrían estar realizando el mismo proceso (recuérdese el cercano castro de La Pedriza de Ligos unos 5 km de El Cerro del Castillo). Aparte de este proceso de competencia por los poblados dispersos, quizá la concentración sería la única solución en una sociedad que todavía no habría desarrollado los mecanismos propios del estado, como se verá a partir del Celtibérico Pleno y, sobre todo, Tardío, y que por tanto tendría difícil el control directo de las poblaciones dispersas y de la producción de sus excedentes.

Este fenómeno de concentración de la población parece que se ha comprobado en otras comarcas del interior peninsular, fundamentalmente referido al Celtibérico Antiguo B, cuando se aprecia una escalada en el proceso de aglutinamiento, ahora ya no a base de los pequeños poblados, sino a base de absorber otra serie de poblados de mayor rango, como es, en el presente caso, el castro de La Antipared I, en el núcleo de Montejo, o del castro de Ligos, en las inmediaciones de Ayllón.

Aparte de que el proceso de concentración puede englobarse en un proceso general, como estamos comentando, quizá otro factor que habría que tener en cuenta es el del propio emplazamiento, en la línea de lo comentado anteriormente por Arenas (1999a, 213); así, La Antipared I y Ligos son dos yacimientos muy elevados sobre sus respectivas vegas, a unos 100 y 90 m por encima de las mismas (Ortego, 1960, 108; López Ambite, 2002, 81-82) y, por tanto, con difícil accesibilidad al agua y otros recursos, por lo que también pudiera ser un elemento importante para su continuación en el tiempo, de ahí que ninguno pase del Celtibérico Antiguo B, frente al caso de El Cerro del Castillo de Ayllón, con un emplazamiento más accesible.

En todo caso, tuvo que ser un proceso de concentración de la población muy rápido, ya que si para el comienzo de esta etapa se señala el final del siglo VII a.C. y parte del VI con una serie de pequeños poblados, en el Celtibérico Antiguo B sólo se mantienen los núcleos principales. Este proceso de concentración, a la vista de los paralelos que veremos tuvo que ser gradual y no sincrónico en todas las regiones cercanas a la nuestra; la primera fase de concentración se produciría durante el Celtibérico Antiguo A, y supondría la práctica desaparición de los pequeños

poblados en la zona de Ayllón y en la de Montejo (salvo el caso de Las Torres –nº 47–).

La segunda fase tendría lugar entre el Celtibérico Antiguo B y el Pleno, cuando los núcleos resultantes de la anterior concentración se reducirán aún más en el caso de Ayllón, teniendo en cuenta la desaparición del asentamiento de La Pedriza de Ligos, y sobre todo en el de Montejo donde se puede intuir incluso un cambio de población al cercano yacimiento de Los Quemados I de Carabias, permaneciendo sólo el poblado de Las Torres, probablemente dependiente del anterior, como luego comentaremos (Fig. 8).

Este abandono de una serie de poblados no parece que sea algo excepcional tanto en el Alto Duero como en el cercano grupo de El Soto. Por ejemplo, parece que en el siglo IV, sobre todo en su primera mitad, fecha que habría que corregir según lo que ahora sabemos para las cerámicas torneadas (Delibes *et alii*, 1995a, 69; Escudero y Sanz Mínguez, 1999, 333-335 y 339), se abandonan muchos castros en la serranía soriana, quizá salvo excepciones, como en el caso de El Rojo, mientras que otros presentan ocupaciones de época celtibérica plena (Romero, 1991, 363-365 y 370; Romero y Jimeno, 1993, 206; Romero y Misiego, 1995a, 71-72; Romero, 1999, 157), pudiendo haberse dado una transición violenta que terminaría con la *arevaquización* de este territorio serrano (Lorrio, 2000a, 146-147) o una asimilación pacífica tras un período de influencia y contacto (Jimeno y Arlegui, 1995, 120). En cuanto a los poblados de la zona centro y sur, también en el siglo IV a.C., si no se trata más bien del siglo V a.C., se aprecian una serie de abandonos (un 30% de todos los poblados de la provincia de Soria no presentan cerámica celtibérica), mientras que por otro lado surgen otros nuevos, como lo han destacado las diferentes prospecciones: un 43% de los asentamientos de la provincia de Soria son de nueva creación, lo cual coincide con la aparición de innovaciones en la arquitectura defensiva, aunque éstas suelen ser más propias del siglo II a.C.

Algo parecido se ha podido constatar en la región sudoeste de Soria, donde de 10 yacimientos en la Primera Edad del Hierro, sólo dos continúan en la Segunda (Heras, 2000, 216). Así mismo, se aprecia una creciente jerarquización de los núcleos de poblamiento, dentro de un proceso general de abandono de los reborde montañosos por las llanuras del centro de la provincia, un hecho que además parece darse en un momento posterior a la aparición de las cerámicas torneadas con decoración de bandas vinosas de influencia ibérica (Revilla, 1985, 343;

Borobio, 1985, 181; Pascual, 1991, 267; Romero, 1991, 369-371; Morales, 1995, 300; Jimeno y Arlegui, 1995, 105-109; Lorrio, 1997, 285).

Para la provincia de Segovia se señala también un fuerte abandono de poblados de la Primera Edad del Hierro, ya que de los 60 yacimientos que había, sólo perduran 17 (un 28% de los de la Primera Edad del Hierro, que suponen un 49% de los de la Segunda). También se ha destacado que esta considerada drástica reducción fue más acentuada en la zona noroccidental o de El Soto, que en el resto de la provincia, en la parte celtibérica; en aquella de los 22 yacimientos del Primer Hierro, sólo cuatro continúan (un 18%, que suponen el 66% de los de la siguiente etapa); por el contrario, en el resto de la provincia hay en esta etapa un 55% de nuevos poblados y un menor descenso en el número de yacimientos de la Primera Edad del Hierro (Gallego Revilla, [2000], 245, fig. 125).

Esta situación de abandono de poblados creemos que también se constata claramente en La Antipared I y en el cercano yacimiento de La Pedriza de Ligos. Igualmente se produjeron cambios fundamentales para la configuración de la cultura celtibérica que daría como resultado la existencia de poblados destruidos, que avalarían la inestabilidad propia de los primeros estadios de esta cultura en el Alto Jalón-Mesa (Martínez Naranjo, 1997, 178-179), algo que también se ha constatado en la comarca de Molina a finales del VI o principios del V (Arenas, 1999a, 181); destrucciones que hay que poner en relación con la crisis del Ibérico Antiguo (Burillo, 1992, 214; *Idem*, 1998, 204). Estos cambios en el poblamiento dieron lugar a que se llegara a definir un horizonte *protoarévaco*, paralelo al denominado *protovacceo*, es decir, una fase de transición entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro (Martín Valls, 1986-87, 60-63; Martín Valls y Esparza, 1992, 260), que posteriormente fue desechado por otros autores (Sacristán, 1986a, 73 y 83; Delibes y Romero, 1992, 252-253; Romero y Jimeno, 1993, 212).

Este mismo proceso de concentración se observa también en el centro de la cuenca del Duero, entre los poblados de El Soto, cuyo desarrollo concluiría en la profunda crisis de mediados del VI, primera mitad del V a.C. Desde esta época comenzaría un proceso de celtización del centro y oeste de la Meseta a partir del núcleo originario de la Celtiberia en el Sistema Ibérico, de forma escalonada y hacia el oeste de la Meseta, en el que se difundiría la nueva sociedad gentilicia y guerrera de los celtíberos (Almagro-Gorbea, 1993a, 154-156). Entre estos cambios

nos interesa destacar el abandono de poblados, el aumento del tamaño de los que persisten, la existencia de murallas irregulares y la aparición de las primeras necrópolis desde finales del V o principios del IV, sin que ello suponga una ruptura entre El Soto pleno y el mundo vacceo (Delibes *et alii*, 1995a, 88-89 y 91; Sanz Mínguez, 1997, 271, 505 y 507).

También se aprecia en esta región una ruptura con el mediodía peninsular, de donde procedían buena parte de las influencias de esta cultura, lo que implicaría una serie de transformaciones radicales y una mayor conexión con la zona oriental de la Meseta en detrimento del sur (Romero y Jimeno, 1993, 200). Sin embargo, aunque se aprecian ciertos cambios a lo largo del siglo VI a.C., no parece que se pueda paralelizar lo ocurrido en el área ibérica con la evolución en El Soto (Delibes *et alii*, 1995a, 87-88).

Igualmente, en la transición del siglo VI al V a.C. y, sobre todo, a principios de este siglo se han detectado niveles de incendios generalizados en el Valle del Ebro que coinciden con esta etapa de cambios bruscos y reajustes que hemos comentado (Tramullas y Alfranca, 1995, 277-278), como por ejemplo se aprecia en el valle del Huecha, Zaragoza, en la primera mitad del siglo V a.C. (Aguilera, 1995, 220). En definitiva, parece que estaríamos ante un fenómeno generalizado de abandono de poblados en la Meseta central y oriental, en el valle del Ebro y en otras zonas de la Península Ibérica entre los siglos VI y V a.C., que en el Alto Duero pudiera alcanzar el IV a.C., con las salvedades ya reiteradas; en todo caso se trataría de un proceso gradual que no tendría por qué ser sincrónico en todas estas regiones.

Además este fenómeno general en la Meseta y el Sistema Ibérico coincide con grandes transformaciones en buena parte de Europa y el Mediterráneo. Así, en la Europa Occidental y Central se asiste a cambios trascendentales, como el final de la cultura de Hallstatt y el comienzo de la Tène, que provocaría importantes movimientos de pueblos hacia el Mediterráneo; también en este ámbito se aprecian grandes cambios en las relaciones entre griegos, fenicios, etruscos y romanos, que en última instancia provocarían el fin de Tartessos, así como cambios en toda el área ibérica; los hechos más palpables de esta crisis en la Península Ibérica se manifiestan por las destrucciones y abandonos de poblados y una nueva reestructuración del territorio que se plasma en algunas regiones en la concentración de la población y el amurallamiento de los asentamientos, así como el surgimiento de otros de nueva planta. El que tantos

cambios coincidan en el tiempo permite sugerir una explicación común, que probablemente haya que relacionar con la existencia de contactos e intercambios con el área mediterránea, de ahí que las alteraciones del Mediterráneo Occidental provocarían cambios significativos en el sistema de relaciones establecido, repercusiones que serán diferentes en cada región, de acuerdo con el grado de relación con el Mediterráneo (Burillo 1986, 230; *Idem*, 1992, 214; *Idem*, 1998, 204).

En todo caso, esta serie de abandonos no implicaría un descenso demográfico; por el contrario se puede inferir un aumento demográfico en esta región, lo que debió implicar, por otro lado, una serie de cambios sociales, observables en las ricas panoplias de sus cementerios, posiblemente símbolos exteriores de prestigio social y que diferencia este grupo del resto de regiones (García-Soto, 1990, 25; Lorrio, 1993, 306 y 308; *Idem*, 1997, 261).

Llegado a este punto habría que preguntar cuál pudo ser la causa de que comenzase este proceso de concentración del hábitat. Ya hemos comentado que en sociedades que no han alcanzado todavía la forma de organización del Estado, el dominio sobre determinadas poblaciones dispersas en su territorio sería complicado, por lo que debería concentrar a estos habitantes para ejercer un control mucho mayor sobre la producción de los mismos; la otra explicación podría tener que ver con el proceso de concentración que llevaría a una mayor competencia entre núcleos para adquirir una categoría que les impidiese ser absorbidos por los otros centros vecinos. En todo caso, el resultado es que asistimos a un proceso de concentración de la población.

El problema es por qué se inicia este proceso. Según la tesis de Ortega, el sistema de castros conllevaba el control de la aparición de poblados de mayor tamaño que los pequeños castros, o lo que denomina como poblados intermedios entre el castro y la ciudad. Por otro lado, se habla de la aparición de la ciudad en una etapa posterior, pero da la sensación de que aparecería de una forma espontánea y rápida. Nosotros aquí planteamos que este proceso de concentración de la población, que sería paralelo al del surgimiento de la ciudad, y teniendo en cuenta lo que hemos documentado e interpretado con los resultados no siempre todo lo reveladores que nos gustaría que fuesen, tendría que ser más temprano de lo que se piensa, ya en el Celtibérico Antiguo, cuando se detectan poblaciones intermedias entre el castro y la posterior ciudad, en contra de lo que propone Ortega (1999, 422-424).

Respecto a que este proceso de concentración se produzca en algunas regiones y en otras no, en las que sería válida la propuesta de Ortega, se han planteado algunas hipótesis, que parten de la configuración del territorio, sus características físicas o sus vías de comunicación que posibilitaría el desarrollo de centros mayores en las zonas mejor dotadas de estas características, frente a otras regiones más pobres o peor comunicadas (Arenas, 1999a, 213). Nos parece que en este tipo de argumentos prevalece una cierta visión determinista de la geografía de ciertas regiones consideradas como tradicionalmente pobres. En este sentido, no creemos que haya grandes diferencias en cuanto a recursos o vías de comunicación entre la zona de Molina de Aragón y el nordeste segoviano. Por todo ello, consideramos que la explicación hay que buscarla en otras circunstancias diferentes de los condicionamientos geográficos, que son eso, condicionamientos, pero nada más.

Hasta ahora se han barajado diferentes hipótesis que explican los cambios que ocurrieron a lo largo de la Primera Edad del Hierro en la Meseta central y oriental. Para algunos autores tendría que ver con la "*tendencia natural*" a la aglomeración de la población para conseguir una explotación más eficaz de los recursos y la elaboración y circulación de productos, algo que en el territorio del centro de la cuenca del Duero estaría relacionado con la celtiberización; en todo caso, las nuevas aglomeraciones tendrían que encontrar un punto de equilibrio entre los beneficios de esta situación y los costes de la misma, de ahí la necesidad de generar recursos que garanticen el sistema de la población y unas formas de organización y coordinación social eficaces (San Miguel, 1993, 60 y 64-65).

Para otros autores la ciudad surge en el marco de la sociedad compleja con división de trabajo, con la presencia de no productores y la existencia de excedentes; además, la ciudad se puede identificar como un centro de categoría y tamaño mayor que los asentamientos dependientes. Con estas premisas, para Burillo el surgimiento de la ciudad habría que retrotraerlo hasta finales del V o primeros del IV a.C., frente a las tesis tradicionales que señalaban fechas muy posteriores, aunque más que ciudades, este mismo autor propone la existencia de centros más pujantes que otros (Burillo, 1998, 204, 211 y 218-221). Nosotros creemos que el comienzo de este proceso habría que verlo incluso en una época anterior, lo que no significa que ya desde el principio del Celtibérico Antiguo A pueda hablarse de ciudades, pero sí de inicio del proceso

de concentración de la población por la que unos poblados determinados van a entrar en competencia con otros y a la postre algunos van a desaparecer a costa de otros.

En esta línea estarían otros autores que proponen que la ciudad surgiría por la necesidad de incrementar y ejercer un mayor control sobre los excedentes procedentes de los asentamientos más pequeños; este proceso de control generaría tensiones entre los diferentes centros, provocando el aglutinamiento de poblados en determinados centros (Jimeno y Arlegui, 1995, 121). Este fenómeno de concentración de la población iría unido al surgimiento de los grandes *oppida* en otras regiones peninsulares (Burillo y Ortega, 1999, 135). Quizá se trate de un fenómeno que surgió a la vez que la forma de poblamiento en castros, en donde la competencia por el territorio, el control de determinados productos y vías de comunicación desencadenó un tipo de sociedad guerrera con una arquitectura militar importante, que desde el principio está aglutinando comunidades dispersas; dicho proceso parece acelerarse a lo largo del siglo V a.C. por diferentes razones.

El conocimiento que tenemos en especial de los cementerios, más que de los poblados, nos informa de la existencia de una sociedad desigual, cuyo precedente podría estar incluso en la etapa del Bronce Final (Almagro-Gorbea, 1994, 21), y en la que destacaría un grupo guerrero que posiblemente recibiría los bienes de prestigio del citado comercio colonial (Lorrio, 1997, 144, 314-315; Ruiz Zapatero y Lorrio, 1999, 28), y de la cual son evidencias las cerámicas torneadas, así como de la importante industria metalúrgica producida en sus poblados, quizá ya con grupos especializados de artesanos.

Es posible que este deseo de un mayor control de excedentes llevase a una política agresiva hacia otros pueblos, en la línea de lo expuesto por Almagro-Gorbea para la generalización de los castros en relación con el control de los pastos para la ganadería ovina (Almagro-Gorbea, 1994, 21; *Idem*, 1999b, 36-37; *Idem*, 2005, 34), como parece que se plantea para el caso de los castros sorianos (Lorrio, 1997, 269; *Idem*, 2000a, 146-147), pero que pudo empezar dentro de su propio territorio dirigiéndose hacia las poblaciones dispersas.

Otros piensan que la causa sería el desarrollo del comercio colonial, que demandaría materias primas del interior, en especial minerales, pero también productos agropecuarios (Arenas, 1999a, 239 y 249-251; *Idem*, 1999b, 199-201; *Idem*, 1999c, 86-88; Cerdeño *et alii*, 1999, 307). Según esto la existencia de una sociedad

desigual, ya desde los primeros momentos de la configuración de la cultura celtibérica, determinaría que las clases dirigentes, en su deseo de controlar los recursos con los que intercambiar por productos coloniales, buscarían el control de una serie de poblaciones dispersas.

En este sentido, recordamos cómo El Cerro del Castillo se encontraría en una zona potencialmente importante para la explotación sobre todo de hierro y de otros metales en menor proporción. Por el contrario, La Antipared I, más que centralizar recursos potencialmente atractivos para el mercado colonial, lo que sí realizaba era controlar una vía de comunicación, que al menos desde un punto de vista regional, sería importante, en la conexión entre el piedemonte de la Sierra y la cuenca del Duero, regiones cuyo diferencial de producción podría determinar la existencia de intercambios de excedentes. Aparte de esta localización estratégica, La Antipared I ejercería un control sobre los importantes pastos de la Serrezuela y su situación de enclave fronterizo entre dos grupos de población diferentes, como ya hemos comentado.

En nuestro caso, aunque no se puede hablar todavía de los fenómenos de concentración de la población en época temprana, en los que el resultado final sería el surgimiento de la ciudad, sí creemos que estaríamos ante el comienzo de este proceso de concentración, en un momento, por tanto, muy antiguo dentro del desarrollo de la cultura celtibérica. Este proceso coincide y, posiblemente, depende de la creciente jerarquización social, apreciable más que en las diferencias de hábitat, en los abundantes ajueros funerarios. Esta nueva clase dominante iría incrementado su poder no sólo sobre el resto de sus conciudadanos, sino, y lo que creemos que se puede detectar en nuestra zona de trabajo, sobre las poblaciones dispersas, a las que obligaría a afinarse en los poblados centrales, como modo de poder controlarlos a ellos y a sus excedentes.

Este proceso de concentración generaría tensiones entre los diferentes poblados principales, que a continuación entrarían en conflicto entre sí, desapareciendo muchos de ellos en el tránsito del Celtibérico Antiguo B y el Celtibérico Pleno. Si lo que en principio sólo suponía controlar los excedentes de estas poblaciones dispersas, más adelante, la situación de conflictividad generada en este contexto de apropiación de estas poblaciones desembocaría en una sociedad aún más guerrera, que a su vez generaría nuevas situaciones de conflictividad ya fuera de su entorno, en una espiral en la que los poblados que no alcanzaran un determinado techo podrían ser ab-

sorbidos por los más dinámicos y/o combativos. Este proceso, con antecedentes tan tempranos, continuaría hasta la época tardía, momento en el que las fuentes clásicas todavía constatarán estos procesos de aglutinamiento o sinecismo.

Fernando López Ambite
I.E.S. *Andrés Laguna*
c/ Conde Sepúlveda, 18
40002 Segovia.
flopez@educa.jcyl.es

BIBLIOGRAFÍA

- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J.A., 1975: *Comunicaciones de la época romana en la provincia de Burgos*, Burgos.
- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J.A. y GARCÍA ROZAS, R., 1980: *Carta arqueológica de la provincia de Burgos. Partido judicial de Salas de los Infantes*, Burgos.
- AGUILERA ARAGÓN, I., 1995: "El poblamiento celtibérico en el área del Moncayo", en BURILLO MOZOTA, F., coord.), *III Simposio sobre los Celtiberos: Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), 213-234, Zaragoza.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1993: "Los celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural", en ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.), *Los Celtas. Hispania y Europa*, 121-174, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1994: "Urbanismo en la España 'céltica': castros y *oppida* en el Centro y Occidente de la Península Ibérica", en ALMAGRO-GORBEA, M. y MARTÍN, A.M. (eds.), *Castros y oppida en Extremadura (Complutum Extra, 4)*, 13-75, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1999: "Los pueblos célticos peninsulares", en ALMAGRO-GORBEA, M. *ET ALII*, *Las Guerras Cantabras* (Historias y Documentos, 1), 17-64, Santander.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 2005: "Los celtas en la Península Ibérica", en JIMENO, A (ed.), *Celtiberos. Tras la estela de Numancia*, 29-38, Soria.
- ARENAS ESTEBAN, J.A., 1999a: *La Edad del Hierro en el Sistema Ibérico Central*, B.A.R. International Series, 780, Oxford.
- ARENAS ESTEBAN, J.A., 1999b: "El inicio de la Edad del Hierro en el sector central del Sistema Ibérico", en ARENAS, J.A. y PALACIOS, M.V. (coord.), *El Origen del Mundo Celtibérico. Actas de los encuentros sobre el origen del Mundo Celtibérico* (Molina de Aragón, 1998), 191-212, Guadalajara.
- ARENAS ESTEBAN, J.A., 1999c: "Contactos entre el Oriente meseteño y Levante en los albores de la Edad del Hierro", en VILLAR, F. y BELTRÁN, F. (eds.), *Pueblos, Lenguas y Escrituras en la Hispania Prerromana. VII Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Zaragoza, 1998), 75-90, Salamanca.
- ARENAS ESTEBAN, J.A., 1999d: "Comercio protohistórico: líneas de contacto entre Levante y el Sistema Ibérico", en BURILLO MOZOTA, F. (coord), *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía* (Daroca, 1997), 301-310, Zaragoza.
- ARENAS ESTEBAN, J.A., GONZÁLEZ VÍRSEDA, L. y MARTÍNEZ NARANJO, J.P., 1995: "El Turmielo de Aragoncillo (Guadalajara): señales de diversificación funcional del hábitat en el periodo protoceltibérico", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtiberos. Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), 179-184, Zaragoza.

- ARGENTE OLIVER, J.L., 1990: "Las Fíbulas en las necrópolis celtibéricas", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *II Simposio sobre los celtiberos. Necrópolis Celtibéricas* (Daroca, 1988), 247-266, Zaragoza.
- ARGENTE OLIVER, J.L., 1994a: *Las Fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental: Valoración tipológica, cronológica y cultural*, Excavaciones Arqueológicas en España, 168, Madrid.
- ARGENTE OLIVER, J.L. y GARCÍA-SOTO MATEOS, E., 1994: "La estela funeraria en el mundo preclásico en la Península Ibérica", en DE LA CASA MARTÍNEZ, C. (ed.), *V Congreso Internacional de Estelas funerarias* (Soria 1993), I, 77-97, Soria.
- BACHILLER GIL, J.A., 1992: "Hábitat y urbanismo en el sector oriental de la meseta norte durante el primer milenio antes de Cristo", *Vegüeta*, 0, 11-23.
- BARRIO MARTÍN, J., 1990: "La necrópolis de la Dehesa de Ayllón (Segovia): Análisis de las fíbulas de doble resorte", *II Simposio sobre los Celtiberos. Necrópolis Celtibéricas*, (Daroca, 1988), 273-278, Zaragoza.
- BARRIO MARTÍN, J., 1993: "Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia)", en ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero*, 173-212, Valladolid.
- BARRIO MARTÍN, J., 1999a: *La II Edad del Hierro en Segovia (España). Estudio arqueológico del territorio y la cultura material de los pueblos prerromanos*, BAR International Series 790, 1, Oxford.
- BARRIO MARTÍN, J., 1999b: "La temprana metalurgia del hierro en la Sierra de Ayllón a partir de los elementos féreos de la necrópolis de La Dehesa (Ayllón, Segovia)", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía* (Daroca, 1997), 181-194, Zaragoza.
- BARRIOS GARCÍA, A. y MARTÍN EXPÓSITO, A., 1983: "Demografía medieval: modelos de población en la Extremadura castellana a mediados del siglo XIII", *Studia Historica. Historia Medieval*, 2, 2, 113-148, Salamanca.
- BLANCO GARCÍA, J.F., 1999: "Recursos hídricos en los opida del occidente de la provincia de Segovia: el corredor del Eresma", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía* (Daroca, 1997), 81-87, Zaragoza.
- BLASCO SANCHO, M.F., 1999: "Factores condicionantes de la composición de la cabaña ganadera de la II Edad el Hierro en la mitad norte de la Península Ibérica", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía* (Daroca, 1997), 149-156, Zaragoza.
- BOROBIO SOTO, M.J., 1985: *Carta Arqueológica de Soria. El Campo de Gómara*, Soria.
- BURILLO MOZOTA, F., 1980: *El valle Medio del Ebro en época Ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca Medio*, Zaragoza.
- BURILLO MOZOTA, F., 1986: "La crisis del Ibérico Antiguo y su incidencia sobre los Campos de Urnas del Bajo Aragón", *Bajo Aragón, Prehistoria*, IX-X, (*Segundos encuentros de Prehistoria Aragonesa*, Caspe-Zaragoza 1986), 215-236.
- BURILLO MOZOTA, F., 1992: "Substrato de la etnias prerromanas. Valle del Ebro-Pirineos", en ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Madrid, 1989), (*Complutum*, 2-3), 195-222, Madrid.
- BURILLO MOZOTA, F., 1998: *Los Celtiberos. Etnias y Estados*, Barcelona.
- BURILLO MOZOTA, F., ARANDA, A., PÉREZ, J. y POLO, C., 1995: "El poblamiento celtibérico en el Valle Medio del Ebro y Sistema Ibérico", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtiberos: Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), 245-264, Zaragoza.
- BURILLO MOZOTA, F. y ORTEGA ORTEGA, J., 1999: "El proceso de formación de las comunidades campesinas en el Sistema Ibérico (1400-400 a.C.): algunas consideraciones acerca del concepto de 'ruptura'", en ARENAS, J.A. y PALACIOS, M.V. (coord.), *El Origen del Mundo Celtibérico. Actas de los encuentros sobre el origen del Mundo Celtibérico* (Molina de Aragón, 1998), 123-142, Guadalajara.
- CAÑADA OCCIDENTAL DE LA PROVINCIA DE SORIA (1856), Imprenta de Manuel Minuesa, Madrid.
- CERDEÑO SERRANO, M.L., 1999: "Urbanismo y cultura material en los orígenes de la cultura celtibérica", en ARENAS, J.A. y PALACIOS, M.V. (coord.), *El origen del mundo celtibérico: Actas de los encuentros sobre el origen del mundo celtibérico* (Daroca, 1998), 71-80, Guadalajara.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. y GARCÍA HUERTA, R., 1990: "Las necrópolis del incineración del alto Jalón y Alto Tajo", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *II Simposio sobre los Celtiberos. Necrópolis celtibéricas*, (Daroca, 1988), 75-92, Zaragoza.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. y GARCÍA HUERTA, R., 2001: "Las necrópolis celtibéricas: nuevas perspectivas de estudio", en GARCÍA HUERTA, R. y MORALES HERVÁS, J. (coord.), *Arqueología funeraria. Las necrópolis de incineración*, 141-190, Ciudad Real.
- CERDEÑO SERRANO, M.L., GARCÍA HUERTA, R. y ARENAS, J., 1995: "El poblamiento celtibérico en la región del Alto Jalón y Alto Tajo", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtiberos: Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), 157-178, Zaragoza.
- CERDEÑO SERRANO, M.L., SANMARTÍ, E. y GARCÍA HUERTA, R., 1999: "Las relaciones comerciales de los Celtiberos", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía* (Daroca, 1997), 263-300, Zaragoza.
- COLLADO VILLALBA, O., 1995: "El poblamiento en la Sierra de Albarracín y en el valle Alto del Júcar", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtiberos: Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), 409-432, Zaragoza.
- CONTE BRAGADO, D. y FERNÁNDEZ BERNALDO DE QUIRÓS, I., 1993: *Introducción a la arqueología en el cañón del Duratón*, Segovia.
- CUBERO CORPAS, C., 1999: "Agricultura y recolección en el área celtibérica a partir de los datos paleocarpológicos", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía* (Daroca, 1997), 47-62, Zaragoza.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F., 1992: "El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural", en ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Madrid, 1989), (*Complutum*, 2-3), 233-258, Madrid.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., ESCUDERO NAVARRO, Z. SANZ MÍNGUEZ, C., SAN MIGUEL MATÉ, L.C., MARISCAL, B., CUBERO, C., UZQUIANO, P., MORALES, A., LIESAU, C. y CALONGE, G., 1995b: "El medio ambiente durante el primer milenio a.C. en el Valle del Duero. Consideraciones finales", en DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y MORALES MUÑIZ, A. (eds.): *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, 543-582, Valladolid.

- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z. y SAN MIGUEL MATÉ, L.C., 1995a: "Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio", en DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y MORALES MUÑOZ, A. (eds.): *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, 49-146, Valladolid.
- DESCRIPCIÓN DE LA CAÑADA SEGOVIANA, DESDE CARABIAS AL VALLE DE LA ALCUDIA (1856), Imprenta de Manuel Minuesa, Madrid.
- EIROA, J.J., 1984-85: "Aportación a la cronología de los castros sorianos", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 11-12, 197-203, Madrid.
- ESCUDERO NAVARRO, Z. y SANZ MÍNGUEZ, C., 1999: "Algunas reflexiones a propósito de la llegada del torno cerámico al Valle del Duero", BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *IV Simposio sobre Celtíberos. Economía* (Daroca, 1997), 323-340, Zaragoza.
- FERNÁNDEZ ESTEBAN, S., MARTÍN ESPINOSA, A. y CABALLERO CASADO, C., 2000: "Vías de comunicación romanas en Segovia: la vía XXIV del Itinerario de Antonino", *Segovia romana*, 163-188, Segovia.
- GALLEGO REVILLA, J.I., [2000]: *El poblamiento Prerromano de la Provincia de Segovia*, Trabajo de Investigación de Doctorado.
- GARCÍA HUERTA, M.R., 1990: *La Edad del Hierro en la Meseta Oriental. El Alto Jalón y el Alto Tajo*, Colección de tesis doctorales, nº 50/90, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- GARCÍA-SOTO MATEOS, E., 1990: "Las necrópolis de la Edad del Hierro en el Alto Valle del Duero", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *II Simposio sobre los Celtíberos. Necrópolis Celtibéricas* (Daroca, 1988), 13-38, Zaragoza.
- GARCÍA-SOTO MATEOS, E. y ROSA MUNICIO, R. DE LA (1995: "Consideraciones sobre el poblamiento en la Ribera soriana del Duero, durante la primera Edad del Hierro" en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtíberos. Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), 83-92, Zaragoza.
- GUTIÉRREZ DOHIJO, E., 1993: "Vías de comunicación en el área de Tiernes. Etapas romanas y medieval", *Celtiberia*, 85-86, 7-30.
- HERAS FERNÁNDEZ, E., 2000: "Aproximación a la evolución del poblamiento en el suroeste de la provincia de Soria durante la Edad de Hierro y la etapa alto imperial", *Soria Arqueológica*, 2, Soria, 205-238.
- HODDER, I. y ORTON, C., 1990: *Análisis espacial en arqueología*, Barcelona.
- IBÁÑEZ GONZÁLEZ, J., 1999: "Evolución de la potencialidad agrotérmica en la Celtiberia durante la Edad del Hierro", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *IV Simposio sobre Celtíberos. Economía* (Daroca, 1997), 11-46, Zaragoza.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. y ARLEGUI SÁNCHEZ, M., 1995: "El poblamiento en el Alto Duero", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtíberos. Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), 93-126, Zaragoza.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. y MARTÍNEZ NARANJO, J.P., 1999: "El inicio de la Edad del Hierro en el nudo hidrográfico Alto Jalón-Alto Duero", en ARENAS, J.A. y PALACIOS, M.V. (coord.), *El Origen del Mundo Celtibérico. Actas de los encuentros sobre el origen del Mundo Celtibérico* (Molina de Aragón, 1998), 165-190, Guadalajara.
- LIESAU LETTOW-VORBECK, C. y BLASCO BOSQUED, C., 1999: "Ganadería y aprovechamiento animal", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *IV Simposio sobre Celtíberos. Economía* (Daroca, 1997), 119-148, Zaragoza.
- LÓPEZ AMBITE, F., 2002: "El castro de La Antipared (Montejo de la Vega de la Serrezuela, Segovia): en la frontera de la Celtiberia", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LXVIII, 77-103.
- LÓPEZ AMBITE, F., 2003: "El poblamiento de Cogotas I en el valle de los ríos Aguijoso y Rianza (Segovia)", *Complutum*, 14, 125-168.
- LÓPEZ MONTEVERDE, J., 1958: "Los castros de Lara", *Zephyrus*, IX, Salamanca, 191-199.
- LORRIO ALVARADO, A., 1993: "El armamento de los celtas hispanos", en ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.), *Los Celtas. Hispania y Europa*, 285-326, Madrid.
- LORRIO ALVARADO, A., 1997: *Los Celtíberos* (Complutum, Extra 7), Madrid.
- LORRIO ALVARADO, A., 2000: "Grupos culturales y etnias en la Celtiberia", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 8, 99-180.
- LORRIO ALVARADO, A., 2005: "El origen del mundo celtibérico", en JIMENO A. (ed.), *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*, 51-60, Soria.
- LORRIO ALVARADO, A.J., GÓMEZ RAMOS, P., MONTERO, I. y ROVIRA, S., 1999: "Minería y metalurgia celtibérica", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *IV Simposio sobre Celtíberos. Economía* (Daroca, 1997), 161-180, Zaragoza.
- MARTÍN VALLS, R., 1986-87: "La segunda edad del hierro: consideraciones sobre su periodización", en *Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte* (Salamanca, 1984), *Zephyrus*, XXXIX-XL, 59-86.
- MARTÍN VALLS, R. y ESPARZA ARROYO, Á., 1992: "Génesis y evolución de la cultura celtibérica", en ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, (Madrid, 1989), *Complutum*, 2-3, 259-279.
- MARTÍNEZ NARANJO, J.P., 1997: "El inicio del poblamiento celtibérico en el interfluvio Alto Jalón-Mesa", *Complutum*, 8, 161-182.
- MARTÍNEZ NARANJO, J.P. y ARENAS ESTEBAN, J.A., 1999: "La explotación del hierro en el curso alto del río mesa (Guadalajara) en época celtibérica", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *IV Simposio sobre Celtíberos. Economía* (Daroca, 1997), 203-208, Zaragoza.
- MENA MUÑOZ, P., 1985: "La época republicana en Castilla-La Mancha: inicios de la romanización (siglos III-I a.C.)", en *Congreso de Castilla-La Mancha, IV. Romanos y visigodos: hegemonía cultural y cambios sociales*, (Ciudad Real, 1985), 25-51, Toledo.
- MOLINERO PÉREZ, A., 1971: *Aportaciones de las Excavaciones y Hallazgos Casuales (1941-1959)*, al Museo Arqueológico de Segovia, Excavaciones Arqueológicas en España, 72, Madrid.
- MORALES HERNÁNDEZ, F., 1995: *Carta Arqueológica de Soria. La Altiplanicie Soriana*, Soria.
- MOREDA BLANCO, J. y NUÑO GONZÁLEZ, J., 1990: "Avance al estudio de la necrópolis de la Edad del Hierro de 'El Pradillo'. Pinilla de Trasmonte (Burgos)", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *II Simposio sobre los Celtíberos. Necrópolis Celtibéricas* (Daroca, 1988), 171-182, Zaragoza.
- MUNICIO GONZÁLEZ, L., 1999: "Segovia", *Numantia*, 7, Valladolid, 285-293.
- MUÑOZ LÓPEZ-ASTILLEROS, K., 1999: "Mirando al suroeste de la Celtiberia: nuevos datos sobre la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo" en ARENAS, J.A. y PALACIOS, M.V. (coord.), *El Origen del Mundo Celtibérico. Actas de los encuentros sobre el origen del Mundo Celtibérico* (Molina de Aragón, 1998), 221-138, Guadalajara.

- ORTEGA ORTEGA, J.M., 1999: "Al margen de la "identidad cultural": historia social y economía de las comunidades campesinas celtibéricas", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía* (Daroca, 1997), 417-452, Zaragoza.
- ORTEGA ORTEGA, J.M., 2005: "Parentesco y sociedad en las comunidades rurales del Sistema Ibérico (S.V-III)", en JIMENO, A. (ed.), *Celtiberos. Tras la estela de Numancia*, 83-88, Soria.
- ORTEGO FRÍAS, T., 1960: "Excavaciones arqueológicas en la provincia de Soria", *Caesaraugusta*, 15-16, 107-132.
- PASCUAL DIEZ, A.C., 1991: *Carta Arqueológica de Soria: La zona de Quintana Redonda*, Soria.
- REVILLA ANDÍA, M.L., 1985: *Carta Arqueológica de Soria. Tierra de Almazán*, Soria.
- REVILLA ANDÍA, M.L. y JIMENO MARTÍNEZ, A., 1986-87: "La dualidad de la cultura castreña en la provincia de Soria", en *Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte* (Salamanca, 1984), *Zephyrus*, XXXIX-XL, 87-101.
- ROJO GUERRA, M., 1987: "Asentamientos prehistóricos en la Cuenca de la Nava: estudios de sus relaciones", *Primer Congreso de Historia de Palencia, I. Arte, Arqueología y Edad Antigua* (Palencia 1985), 409-422, Valladolid.
- ROMERO CARNICERO, F., 1991: *Los castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*, *Studia Archaeologica*, 80, Valladolid.
- ROMERO CARNICERO, F., 1999: "Orígenes y evolución del grupo castreño de la Sierra Norte soriana. La aportación de la cronología radiocarbónica", en ARENAS, J.A. y PALACIOS, M.V. (coord.), *El Origen del Mundo Celtibérico. Actas de los encuentros sobre el origen del Mundo Celtibérico* (Molina de Aragón, 1998), 143-164, Guadalajara.
- ROMERO CARNICERO, F. y JIMENO MARTÍNEZ, A., 1993: "El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos de Bronce Medio-Final y Primer Hierro", en ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.), *Los Celtas. Hispania y Europa*, 175-222, Madrid.
- ROMERO CARNICERO, F. y MISIEGO TEJADA, J., 1995: "La Celtiberia Ulterior: Análisis del substrato", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtiberos. Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), 59-81, Zaragoza.
- ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M.L., 1999: "Estrategias de subsistencia en la cuenca media del Duero durante la Edad del Hierro", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía* (Daroca, 1997), 453-466, Zaragoza.
- ROMERO CARNICERO, F. y RUIZ ZAPATERO, G., 1992: "La Edad del Hierro. Problemas, tendencias y perspectivas", *2º Symposium de Arqueología Soriana* (Soria, 1989), 103-120, Soria.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., 1998: *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa continental*, Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G., 1995: "El substrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones", en Burillo Mozota, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtiberos. Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), 25-40, Zaragoza.
- RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO ALVARADO, A., 1999: "Las raíces prehistóricas del mundo celtibérico", en ARENAS, J.A. y PALACIOS, M.V. (coord.), *El Origen del Mundo Celtibérico. Actas de los encuentros sobre el origen del Mundo Celtibérico* (Molina de Aragón, 1998), 21-36, Guadalajara.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., 1986a: *La Edad del Hierro en la cuenca media del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, Valladolid.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., 1986b: "Consideraciones sobre el celtiberismo inicial en la cuenca media del Duero", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LII, 205-213.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., 1989: "Vacíos vacceos", en Burillo Mozota, F. (coord.), *Fronteras. Arqueología Espacial*, 13 (III Coloquio internacional de Arqueología Espacial, Teruel 1989), 77-88, Teruel.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., 1994: "Clunia", en *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, II, 135-147, Madrid.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., 1995: "Reflexiones en torno al modelo de poblamiento de época celtibérica en la Cuenca Media del Duero", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtiberos. Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), 369-372, Zaragoza.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D. y RUIZ VÉLEZ, I., 1985: "La Edad del Hierro", en Montenegro Duque, A. (dir.), *Historia de Burgos, I. Edad Antigua*, 179-220, Burgos.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., SAN MIGUEL, L.C., BARRIO, J. y CELIS, J., 1995: "El poblamiento de época celtibérica en la Cuenca Media del Duero", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtiberos. Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), 337-368, Zaragoza.
- SAN MIGUEL MATÉ, L.C., 1993: "El poblamiento de la Edad del Hierro al occidente del valle medio del Duero", en ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z. (eds.), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*, 21-65, Valladolid.
- SANZ MÍNGUEZ, C., 1997: *Los Vacceos. Cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del Valle Medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*, Arqueología en Castilla y León, Memorias, 6, Valladolid.
- SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F.J., 1993: "La temprana 'iberización' de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de 'La Mota', Medina del Campo (Valladolid)", en ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z. (eds.), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero* 133-172, Valladolid.
- SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F.J., 1995: "Perfil arqueológico de un poblado de la Edad del Hierro al sur del Duero: 'La Mota', Medina del Campo (Valladolid)", en DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y MORALES MUÑIZ, A. (eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, 219-246, Valladolid.
- SIERRA VIGIL, J.M. y SAN MIGUEL MATÉ, L.C., 1995: "Las cañadas como medio de comunicación entre los asentamientos vacceos", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtiberos. Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), 389-398, Zaragoza.
- TEJERO DE LA CUESTA, J.M. (dir.) (1988: *Análisis del medio físico. Segovia*, Valladolid.
- TRAMULLAS SAZ, J. y ALFRANCA LUENGO, L.M., 1995: "El Valle Medio del Ebro durante la Primera Edad del Hierro: las destrucciones y abandonos de poblados durante los siglos VI y V a.C. y su relación con los comienzos del mundo ibérico y celtibérico", en BURILLO MOZOTA, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtiberos. Poblamiento Celtibérico* (Daroca, 1991), 275-280, Zaragoza.
- ZAMORA CANELLADA, A., 1993: *El castillo de Ayllón (Segovia). Estudio arqueológico e histórico*, Estudios Segovianos, XXXIV, 90, Segovia.